EL HIPÓCRITA.

COMEDIA

DE MOLIERE

EN CINCO ACTOS EN VERSO.

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR D. J. MARCHENA.



MADRID MDCCCXI
EN LA IMPRENTA DE ALBAN Y DELCASSE,
impresores del exército frances en España,
calle de Carretas, num. 31.

ADVERTENCIA.

No se me esconde quan apartado va de un autor un intérprete, por exâcto, elegante y puro que éste sea; pero aquel que atienda á las muchas dificultades, que la traduccion de una comedia de Moliere ofrece, todavía verá que es acreedor á elogio quien todas las haya superado. *Est tamen hic quoque virtus.* Yo no sé si lo he conseguido, pero sé, á lo menos, que esta version no está escrita en lengua franca; idioma que tantos hablan en el dia, y en que allá ellos se entienden. Declamen quanto quieran en buen hora contra los que saben el castellano aquellos que no le han estudiado; yo confieso que me agrada mas el estilo lírico de Rioja que el de Salanoba, y hallo mas que imitar en los buenos trozos de *la Bella mal maridada* ó en *la Escolastica zelosa* de Lope que en lo mas selecto y atildado del *Hombre singular ó Catalina primera*. Nuestros traductores, y muchos de nuestros autores no han venido á caer en cuenta de que como el latin se aprende en los autores latinos, ni mas

ni menos el castellano se aprende en los castellanos; verdad recóndita sin duda, que sino les es dable empero alcanzar á ella no errarán en admitirla, como cierta, quando no probada. Así, en vez de escribir contra los que leen nuestros autores clásicos, los estudiarán, y sabrán alguna de las lenguas de Europa.

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

MARQUES DE ALMENARA,

MINISTRO DE LO INTERIOR, &c. &c.

EX.[MO] *SEÑOR.*

La obra que á V. E. presento no es ofrenda de un subalterno á su superior, es, sí, testimonio de gratitud á muchas y señaladas mercedes por

largo espacio de tiempo recibidas; y si confesarlas es parte de la paga ¿no debia yo aprovecharme de la primera ocasion que de hacerlo auténticamente se me ofreciera? Los pocos que saben que el ilustre Casti, si gozó algun desahogo en los postreros instantes de su dilatada vida, lo debió á la munifica liberalidad de V. E. apreciará el afecto que los sabios le merecen; pero yo, que solo en cultivar las letras me parezco á este célebre poeta, y que no he dado á la luz pública escritos que igual nombradia me hayan grangeado, no podia alegar motivos iguales para los favores que de V. E. tengo recibidos.

El público escuchó tan benévolo la representacion de esta comedia, y el traductor recibió tantos parabie-

nes por el acierto con que dicen que logró trasladarla á nuestro idioma, que se ha persuadido, Exc.mo Señor, á que esta version podrá no ser indigna de salir baxo los auspicios de V. E. y asi será ciertamente si los lectores confirman el voto de los espectadores.

Dignese, pues, V. E. de admitir este obsequio, prueba, sino de mérito literario, de gratitud indeleble.

Madrid 3 de junio de 1811.

J. Marchena.

ACTORES:

DOÑA TECLA, *madre de* D. SIMPLICIO.

D. SIMPLICIO, *marido de* DOÑA ELVIRA.

DOÑA ELVIRA, *muger de* D. SIMPLICIO.

D. ALEXANDRO, *hijo de* D. SIMPLICIO.

DOÑA PEPITA, *hija de* D. SIMPLICIO.

D. CÁRLOS, *amante de* DOÑA PEPITA.

D. PABLO, *cuñado de* D. SIMPLICIO.

D. FIDEL, *hipócrita.*

JUANA, *criada de* DOÑA PEPITA.

D. CELEDONIO, *escribano.*

UN ALCALDE DE BARRIO.

FELIPA, *criada de* DOÑA TECLA.

La escena es en Madrid en casa de D. Simplicio.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA TECLA, DOÑA ELVIRA, DOÑA PEPITA, D. PABLO, D. ALEXANDRO, JUANA Y FELIPA.

DOÑA TECLA.

Anda, Felipa, mas vivo,
que me vea libre de ellos.

D.ª ELVIRA.

Tal paso lleva usted, madre,
que alcanzarla no podemos.

D.ª TECLA.

No te canses mas, Elvira,
en seguirme; cumplimientos
ya sabes que no me gustan.

D.ª ELVIRA.

Señora, aquí solo hacemos
lo que es nuestra obligacion;
¿mas por que con tal despecho
se va usted de nuestra casa?

D.ª TECLA.

Porque aguantar mas no púedo
lo que en ella pasa; vaya,
esta casa es un infierno:
es un escándalo; nadie,
nadie sigue mis consejos;
sin respeto á los mayores,

ese es un justo: ¡ojalá
que siguiérais sus consejos
todos! Tú, como eres loco,
siempre le andas zahiriendo,
y á fé que me enfadas mucho.

D. ALEXANDRO.

Pues cierto que fuera acuerdo
aguantar que un mogigato
hipocriton se haga dueño
de mi casa, y no podamos
gozar ningun pasatiempo,
sin pedirle ántes licencia.

JUANA.

Vaya; y si nos atenemos
á sus palabras, no hay cosa
en que no se ofenda al cielo:
todo dice que es pecado.

D.[a] TECLA.

Y dice muy bien el siervo
de Dios; para ir á la gloria
el camino es muy estrecho.
Mi hijo le respeta y quiere;
sigan ustedes su exemplo.

D. ALEXANDRO.

No, abuela, padre ni nadie
logrará que tenga afecto
á ese hombre yo, y mentiria
si dixera que le puedo
llevar en paciencia; en breve
tendremos un sentimiento,
si continúa el bribon
haciendo de amo aquí dentro.

JUANA.

¿No es cosa que escandaliza
ver á un pobre pordiosero,
que, quando se metió en casa,
estaba el maldito en cueros,
mandar, disponer de todo
como si fuera él el dueño?

D.ª TECLA.

Pesia á mí, mejor irian
las cosas por los consejos
de ese santo encaminadas.

JUANA.

Usted cree que es muy bueno,
pero yo que le conozco,
digo que es un embustero,
gazmoño.

D.ª TECLA.

¡Lengua maldita!

JUANA.

Ni su criado Lorenzo
ni el amo son de fiar.

D.ª TECLA.

El criado no me meto
en averiguar si es malo;
el amo sé que es muy bueno.
Ustedes le quieren mal
porque no se anda en rodeos,
y reprehende sus vicios;
porque con un santo zelo
defiende la ley de Dios,
y porque no es lisongero
con el pecado.

JUANA.

Está bien.
¿Pero por que, hace algun tiempo,
que se pone dado al diablo
quando viene alguien á vernos?
¿De una visita inocente
acaso se enoja el cielo?
Aquí para entre nosotros,
si va á decir lo que pienso,
él está de mi señora
enamorado y con zelos.

D.ª TECLA.

Calla, calla, y mira bien
lo que hablas. El devaneo
de mi nuera, las visitas,
tanto lacayo y cochero
ahí plantado, tanto coche
á la puerta dan perpetuo
pábulo á murmuracion
de las gentes; yo bien creo
que no hay ofensa de Dios,
pero el escándalo es cierto.

D. PABLO.

Á las lenguas maldicientes
¿quien puede poner silencio?
Bueno sería, señora,
que con los que mas queremos
riñéramos por temor
de que murmuren los necios:
y ni aun así callarian.
Señora, no nos curemos
de lo que digan los tontos;

sigamos por el sendero
recto, y dexemos que el vulgo
hable quanto quiera luego.

JUANA.

¿Si será nuestra vecina
Alfonsa quien va diciendo
mal de nosotros? Bien puede,
porque siempre son aquellos
que tienen para callar
mas motivos los primeros
que tiran, y con mas furia,
la piedra al tejado ageno.
La amistad mas inocente
la convietten al momento
en mala, y van pregonando
los imaginados yerros
de los otros, que así esperan
encubrir los verdaderos
que ellos cometen, ó acaso
disculpar sus desaciertos,
descargando en otros parte
del público vituperio
que se tienen grangeado.

D.ª TECLA.

Nada de eso viene á cuento.
Doña Ana, que es una santa,
que solo piensa en el cielo,
habla mucho mal de ustedes,
y me lo han dicho sugetos
que la ven muy á menudo.

JUANA.

¡Buena autoridad por cierto!

Verdad es que esa señora
sirve á Dios con mucho zelo,
y que ha dexado del mundo
las pompas y devaneos,
pero ya el mundo le habia
vuelto la espalda primero.
Con sus reverendas canas
mal se avienen los contentos
mundánales, y ella quiere
con mentidos embelecos
de virtud y santidad
disimularnos del tiempo
los estragos. Así son
tantos falsos beaterios.
Se acaba la mocedad
y con ella los cortejos.
Tristes y desamparadas,
¿queda entónces otro medio
para no desesperarse
mas que pensar en el cielo?
Afectando austeridad,
y con semblante severo,
las nuevas santas censuran
á las demas, reprendiendo,
toda amistad inocente,
todo honesto pasatiempo,
no por caridad cristiana;
¿que es caridad? ni por pienso:
por envidia solamente
de que otras gocen contentos
que ellas disfrutaron ántes,
mas que para siempre huyeron
con la juventud.

D.ª TECLA.

Bien dicho.

Á Elvira.

Elvira, estos son los cuentos
que te gustan; la criada
charlando siempre por ciento
y los demas calladitos;
pero al fin, yo tambien quiero
hablar á mi vez, y digo
que nunca pudo haber hecho
mi Simplicio mejor cosa
que traer á casa un sugeto
tan santo, y que aquí ha venido
por disposicion del cielo
para llevarlos á ustedes
por el camino derecho
de salvacion, y sacarlos
de pecado. Todos esos
bayles, festines, visitas,
comedias y otros festejos
son invenciones del diablo,
con que procura perdernos.
Jamas en ellos se escuchan
palabras santas, ni exemplos
sacados de los sermones,
sino equívocos, requiebros,
y á veces murmuracion
del próximo; y del estruendo
de estas diversiones salen,
hasta los hombres mas cuerdos,
atontadas las cabezas,
oyéndose en un momento

veinte mil habladurías.
Así dixo con acierto
un predicador muy grave,
que eran estos pasatiempos
la torre de Babilonia,
porque babean por ellos
los tontos y los bolonios,
y para seguir mi cuento,
el predicador... Parece
Á D. Pablo.
que el señor se está riendo:
vaya usted á buscar monos
Á Doña Elvira.
que le diviertan... No quiero
hablar mas; á Dios Elvira:
dí que me emplumen si vuelvo
á poner aquí los pies,
aunque se juntára el cielo
Dá una bofetada á Felipa.
con la tierra... Anda maldita:
¡que sorna y que contoneo!
Yo te enseñaré á que mires
las musarañas, jumento:
vamos, anda, aguija, vivo.

ESCENA II.

D. Pablo y Juana.

D. PABLO.

Vaya con Dios, que no quiero
acompañarla, no sea
que me diga otros denuestos.
Cuidado que la abuelita...

JUANA.

Si se oyera llamar eso
bueno le pusiera, vaya,
á usted; dixera á lo menos,
que para llamarla abuela
no es tan vieja.

D. PABLO.

¡Que mal genio
gasta, y que pasion le tiene
á su Don Fidel!

JUANA.

Pues eso
es friolera comparado
con el loco devaneo
de su hijo. Jamas se ha visto
tal manía en hombre cuerdo.
En los pasados disturbios
se portó con mucho seso,
y se hizo estimar de todos,
sirviendo con mucho zelo
al Rey contra los rebeldes,
mas desde que aquí tenemos
á su amigo Don Fidel,
el juicio se le ha vuelto.
Á madre, hijos y muger,
y á sí propio quiere menos
que al hipocriton; de él solo
fia todos sus secretos;
no hace cosa que no sea
dictada por su consejo;
le llama hermano, le abraza
y le besa, como un tierno

amante hiciera á su dama:
en la mesa el primer puesto
le ha de ocupar Don Fidel.
Se le cae la baba viendo
al puerco engullir por siete;
le hace el plato, y lo selecto
le aparta, y luego, si eructa,
le dice *Dominus tecum.*
En fin loco está con él;
le mira como un perfecto
dechado; cita sus dichos
y sus obras por modelo
de virtud y santidad,
y por reliquias me temo
que ha de adorar sus vestidos.
Don Fidel, que le ve lelo,
y que quiere sacar baza,
le engaña con embelecos,
y aparentando virtud
le sonsaca su dinero.
Riñe quanto hacemos todos;
hasta el bribon majadero
del mozo tambien le imita,
y hace de censor acerbo.
Ayer nos hizo el maldito
mil pedazos un pañuelo
de mi señora que halló
sobre un rosario, diciendo
que las pompas del demonio
era un pecado muy feo
el dexarlas en un sitio,
donde están cosas del cielo.

ESCENA III.

Doña Elvira, Doña Pepita, D. Alexandro, D. Pablo y Juana.

D.ª ELVIRA.

Á D. Pablo.

Muy bien has hecho en quedarte,
que allá fuera de improperios
nos ha llenado. Mas voy
al instante á mi aposento
á aguardar á mi marido,
que ahí viene.

D. PABLO.

Pues yo le espero
aquí para hablarle á solas
dos palabras, y irme luego.

ESCENA IV.

D. Pablo, D. Alexandro y Juana.

D. ALEXANDRO.

Dígale usted por Dios, tio,
que acelere el casamiento
de mi hermana; yo no sé,
pero mucho me recelo
que Don Fidel pone estorbos
á union que tanto deseo.
Si Carlitos y mi hermana
se quieren, yo no estoy menos
prendado de la hermanita
de Cárlos, y este himeneo . . .

JUANA.

Allí viene mi señor.

ESCENA V.

D. Simplicio, D. Pablo y Juana.

D. SIMPLICIO.

Hermano, Dios te dé buenos
dias.

D. PABLO.

Conbien él te trayga;
¿el campo estará algo seco?

D. SIMPLICIO.

Juana . . . Permíteme, hermano,
que me informe en un momento
de lo que aquí haya ocurrido.

Á Juana.

¿No hay cosa alguna de nuevo
estos dos dias que falto?
¿está todo el mundo bueno?

JUANA.

Antes de ayer mi señora
tuvo un calenturon recio
con una fuerte jaqueca,
y un vómito muy violento.

D. SIMPLICIO.

¿Y Don Fidel?

JUANA.

¡Don Fidel!
gordo, colorado y fresco;
reventando de salud.

D. SIMPLICIO.

¡Pobrecito!

JUANA.

Y á mas de ésto
una gran inapetencia,
que fué tal que no hubo medio
de hacerla tomar ni un caldo
para conciliar el sueño.

D. SIMPLICIO.

¿Y Don Fidel?

JUANA.

Dando gracias,
porque se lo daba, al cielo,
dos perdices estofadas
y una pierna de carnero
cenó con frutas y dulces.

D. SIMPLICIO.

¡Pobrecito!

JUANA.

El crecimiento
le duró la noche entera,
y no hizo mas que dar vuelcos
en la cama, sin pegar
los ojos ni aun un momento,
tanto que hubo que velarla.

D. SIMPLICIO.

¿Y Don Fidel?

JUANA.

En un sueño
se llevó toda la noche,
á pierna suelta durmiendo,
mientras los demas velaban.

D. SIMPLICIO.

¡Pobrecito!

JUANA.

Al fin le hicieron
dos sangrías, y con ellas
se encontró aliviada luego.

D. SIMPLICIO.

¿Y Don Fidel?

JUANA.

Por cobrar
brios contra el mal ageno,
y recuperar la sangre
que perdió mi ama, su almuerzo
le hizo con medio jamon,
y seis vasos de Burdeos.

D. SIMPLICIO.

¡Pobrecito!

JUANA.

Por fin ambos,
gracias á Dios, están buenos;
yo voy á decir al ama,
señor, con qué sentimiento
ha sabido usted su mal.

ESCENA VI.

D. Simplicio y D. Pablo.

D. PABLO.

Ya ves qual se está riendo
en tu presencia de tí,
y tiene razon; no quiero

enfadarte; ¿mas quien vió
tal locura en hombre cuerdo?
¿Te ha dado un hechizo acaso
Don Fidel, que no contento
con traértele á tu casa,
y sacarle del extremo
de miseria en que se hallaba
dexas por él todo, y luego? . .

D. SIMPLICIO.

Véte poco á poco, hermano;
no le conoces, por eso
hablas así.

D. PABLO.

Norabuena;
no sé quien es, mas sospecho
lo que puede ser.

D. SIMPLICIO.

Ah, Pablo,
¡que rico tesoro tengo
en él! si le conocieras
me lo dirias; ¡que bueno,
que virtuoso, que santo!
un hombre; vaya, no puedo
encarecértelo; un hombre . . .
quien escucha sus consejos
siempre vive en paz profunda;
nada turba su sosiego,
y mira todo este mundo
como un puñado de estiercol.
Yo con sú conversacion
estoy hecho un hombre nuevo;
me he desprendido de todos

mis amigos y mis deudos.
Hijos, hermanos, muger,
y madre, si en un momento
se murieran á mi vista,
no me importára ni un bledo.

D. PABLO.

Son afectos muy humanos.

D. SIMPLICIO.

¡Válgame Dios, quando pienso
en cómo le conocí,
todavía me enternezco!
No faltaba ningun dia
de la iglesia; muy modesto
se ponia de rodillas
junto á mí, mirando al suelo.
Rezaba con un fervor
tan ardiente el Padre nuestro,
que hasta en el coro se oían
sus gritos y sus lamentos,
y con mucha devocion
mil veces besaba el suelo.
Al salir siempre me daba
agua bendita en el hueco
de su mano; su criado,
que era imitador perfecto
de su devocion, me dixo
quién era muy por extenso,
y el estado de miseria
en que estaba; yo sabiendo
su necesidad le daba
limosna; mas él modesto
decia, *la mitad sobra*;

ah, señor, yo no merezco
tanta piedad, y si no
se lo tomaba iba luego
á repartirlo á los pobres
en mi presencia; con esto
me tocó el cielo, le traxe
á mi casa, y satisfecho
vivo con su compañía,
qual no podré encarecerlo.
Lo corrige y lo censura
todo, y seis veces mas zelos
tiene de mi muger propia
que yo mismo (no exâgero),
y me avisa si sospecha
que alguien le dice requiebros:
¡tanto le duele mi honor!
Pero su devoto zelo
es ya tan escrupuloso
que el defecto mas ligero
en que incurra le parece
grave ofensa contra el cielo.
Seis dias ha le picó
una pulga estando haciendo
oracion mental, y al punto
con mil lloros y lamentos
se acusó de que la habia
muerto con mucho despecho.

D. PABLO.

Sin duda te estás burlando,
ó bien has perdido el seso:
vive Dios que tal locura...

D. SIMPLICIO.

Hermano, vamos con tiento,
que eso es hablar con muy poca
religion, y yo me temo
que has de tener que sentir,
y que el castigo del cielo
te ha de coger algun dia.

D. PABLO.

Ese estrivillo perpetuo
no se os cae de la boca;
porque vosotros sois ciegos
pensais que somos impíos
todos quantos claro vemos.
Quien desprecia á los gazmoños
y sus vanos embelecos,
se os figura que á las cosas
santas no tiene respeto.
Mas todos esos discursos
nunca me han metido miedo:
Dios que ve los corazones
bien sabe como yo pienso.
Yo no me dexo engañar
de esos viles embusteros
que afectan la devocion,
como otros fingen denuedo.
Así como los valientes
nunca se jactan de serlo,
tampoco afectan piedad
los devotos verdaderos.
Mas tú confundes, hermano,
al hipócrita embustero
con el amigo de Dios,

venerando al fariseo,
qual debieras al apóstol.
Los que mienten santo zelo
en vez de oro nos dan plomo,
y son unos monederos
falsos de la religion,
que seducen á los necios
con sus fingidas virtudes,
y con su lenguage artero.
No, hermano, de la razon
la moderacion es sello,
y sello característico,
como del vicio el exceso:
quien la exâgera la estraga:
baste por ahora.

D. SIMPLICIO.

Cierto:
como tú eres un doctor
de la iglesia, un estupendo
teólogo, el Caton del mundo,
y somos locos y necios
los demas, escucharé
con humildad tus consejos,
y haré lo que tú me digas.

D. PABLO.

No, hermano, yo no pretendo
ser doctor, ni saber mas
que los otros, pero pienso
que sé distinguir el grano
de la paja, el oro terso
de la alquimia vil, y quanto
á los justos reverencio,

excêcro la hipocresía,
y como no hay en el suelo
cosa mas noble que el santo
zelo y el fervor sincero,
tampoco la hay mas odiosa,
ni mas digna de desprecio
que la infame hipocresía,
que ese farisaico zelo
de los torpes histriones
de virtud, el sacrilegio
de su falsa devocion,
que cubriendo con el velo
de la religion sagrada
la sentina de su pecho,
abusan del nombre santo
de Dios y compran á precio
de su mentida piedad
honras, cargos, y el respeto
del pueblo y de los magnates;
que aspirar fingen al cielo
para grangear riquezas,
y que, anacoretas nuevos,
en los empleos mas altos
predican el menosprecio
de las pompas mundanales,
y en palacio hablan del yermo;
la hiel en el corazon,
la miel en el labio; arteros,
implacables enemigos
de los hombres de talento,
que motejan como impíos,
y siempre el puñal blandiendo
de sus viperinas lenguas

asesinan los perversos
con capa de religion.
Pero la vista apartemos
de estos devotos del siglo,
que son sepulcros infectos.
Los que merecen el nombre
de justos, los que de exemplo
ilustre pueden servirnos,
los que veneran los buenos
no ostentan esa bambolla
de religion y de zelo,
á nadie acusan de impío;
ruegan á Dios que al sendero
recto traiga al pecador;
no corrigen con acerbos
dicterios á sus hermanos;
reprehenden nuestros yerros
con su virtud acendrada,
y no creen de ligero
las apariencias del vicio
en el próximo, que el bueno
no piensa mal de los otros
fácilmente: los agenos
pecados los compadecen;
tienen aborrecimiento
á la culpa y no al culpado,
sabiendo que agrada al cielo
la humildad y la indulgencia
y que el justo no es soberbio.
Este es el original
del cristiano verdadero,
y tu Don Fidel en nada

se parece á tal modelo;
tú de buena fé le alabas,
pero en un falso concepto
le tienes, su hipocresía
con la virtud confundiendo.

D. SIMPLICIO.

¿Has acabado ya, Pablo?

D. PABLO.

Sí, ya acabé.

D. SIMPLICIO.

Lo celebro.
Pues á dios.

D. PABLO.

Aguarda un rato,
que hablar de otra cosa quiero;
bien sabes que Don Carlitos
anhela por ser tu yerno,
y que tú le has prometido
casarle con tu hija.

D. SIMPLICIO.

Es cierto.

D. PABLO.

Que está señalado el dia.

D. SIMPLICIO.

Todo es verdad.

D. PABLO.

¿Y á que efecto
lo dilatas?

D. SIMPLICIO.

No lo sé.

D. PABLO.

¿Has mudado pensamiento?

D. SIMPLICIO.

Puede ser.

D. PABLO.

¿Á tu palabra
faltar quieres?

D. SIMPLICIO.

No digo eso.

D. PABLO.

Yo no veo otro motivo
que ser pueda impedimento.

D. SIMPLICIO.

Segun.

D. PABLO.

Explícate, y dexa
aparte tantos rodeos.
Cárlos me dixo que hablara
contigo.

D. SIMPLICIO.

Gracias al cielo.

D. PABLO.

¿Pero que he de responderle?

D. SIMPLICIO.

Lo que mas te venga á cuento.

D. PABLO.

¿Como he de decirle nada,
si no sé á que estás resuelto?

D. SIMPLICIO.

A hacer aquello que fuere
la voluntad de Dios.

D. PABLO.

Bueno;
¿pero cumples tu palabra?

ó sí ó no, sin mas rodeos.

D. SIMPLICIO.

Dios te guie.

D. PABLO.

Buenos vamos;
que suceda un desman temo
á su amor; quiero avisarle,
y procurar el remedio.

ACTO II.

ESCENA PRIMERA.

D. Simplicio y Doña Pepita.

D. SIMPLICIO.

Pepita.

D.ª PEPITA.

Padre.

D. SIMPLICIO.

Mas cerca,
que quiero á solas hablarte.

D.ª PEPITA.

Á D. Simplicio que registra un gabinete.
¿Que mira usted?

D. SIMPLICIO.

Es por ver
si está escuchándonos alguien:
para servir de escondite
ese retrete es parage
á propósito. Bien va,
que no está fisgando nadie.

Pepita, yo sé que tienes
una índole muy suave,
y te he querido bien siempre
por tu condicion amable.

D.ª PEPITA.

Agradezco muy de veras
tan tierno cariño, padre.

D. SIMPLICIO.

Bien dicho; pero si quieres
conservarle y aumentarle
me has de procurar dar gusto.

D.ª PEPITA.

Así lo hago en todo lance.

D. SIMPLICIO.

Hablas bien: ¿y que me dices
de Don Fidel?

D.ª PEPITA.

¿Quien? ¿yo, padre?

D. SIMPLICIO.

Tú: mira como respondes.

D.ª PEPITA.

¡Ay señor! lo que gustare
usted diré.

ESCENA II.

D. Simplicio, Doña Pepita, Juana, que entra en puntillas, y se pone detras de D. Simplicio, sin que éste la vea.

D. SIMPLICIO.

Así vá bueno.
Dí que te parece amable,

que sus prendas te cautivan,
que tiene cumplidas partes
para marido, y que quieres
que yo te mande al instante
que le des mano de esposo,
sin que un punto lo dilates.
¡He!

D.ª PEPITA.

¡He!

D. SIMPLICIO.

¿Que es?

D.ª PEPITA.

¿Como?

D. SIMPLICIO.

¿Que dices?
Habla.

D.ª PEPITA.

Temo equivocarme.

D. SIMPLICIO.

¿Y por que?

D.ª PEPITA.

¿Quien quiere usted
que le diga que es amable
á mis ojos, que cautiva
mi pecho, y que usted me mande
que le dé mano de esposo?

D. SIMPLICIO.

Don Fidel.

D.ª PEPITA.

¡Que disparate!
¿Si eso no es cierto, á que viene
decir mentira tan grande?

D. SIMPLICIO.

Yo quiero que sea cierto,
y breve, y sin replicarme,
que lo tengo así dispuesto,
y mi órden debe bastarte.

D.ª PEPITA.

¿Quiere usted, padre?...

D. SIMPLICIO.

Sí; quiero
sin tardanza emparentarme
con Don Fidel, siendo tú
su esposa.

Viendo á Juana.

Dí, ¿que es lo que haces
plantada ahí? pues me gusta,
y cierto que es admirable
la curiosidad, oyendo
lo que decimos: el lance
está bueno.

JUANA.

Yo no sé
si es un rumor en el aire,
ó si tiene fundamento,
pero me hablaron denantes
de estas bodas, y yo dixe
que era mentira al instante.

D. SIMPLICIO.

Ola; ¿con que no lo crees?

JUANA.

Ni aunque me lo digan frayles
descalzos, ni se lo creo
á usted propio. ¡Disparate!

D. SIMPLICIO.

Pues yo te haré que lo creas.

JUANA.

Usted quiere chancearse.

D. SIMPLICIO.

Pronto veremos si es cierto.

JUANA.

Cuento.

D. SIMPLICIO.

Pues no es por burlarme
lo que digo ; no , hija mia.

JUANA.

No haga usted caso de padre,
señorita.

D. SIMPLICIO.

¿ Como que ?

JUANA.

Si se cansa usted en valde,
que no queremos creerle.

D. SIMPLICIO.

Si me enfado , voto á sanes....

JUANA.

Norabuena ; le creemos,
para que usted no se enfade ;
¿ pero no es una vergüenza
que un hombre maduro , grave,
con la coleta tan larga,
tenga tan pocos alcances
que tome empeño en casar
con un drope despreciable
á su hija ? y que....

D. SIMPLICIO.

Escucha, Juana:
tú te tomas facultades
que no me gustan; ¿me entiendes?

JUANA.

Señor, por Dios no se enfade
usted, y dígame en plata;
¿piensa que debe casarse
la niña con un beato?
¿No ve usted quanto mas vale
que piense en la gloria? ¿Y no es
cargo de conciencia darle
una muchacha tan rica
á un mendigo miserable,
como Don Fidel?

D. SIMPLICIO.

Si es pobre,
su indigencia respetarse
debe mas que la opulencia
de ciento que papel hacen
en el siglo: no cuidando
de los bienes temporales,
le privaron de la herencia
qne le dexaron sus padres
los malvados; pero yo
le daré la mano, y ántes
de mucho recobrará
el lustre. de su linage,
y sus pingües mayorazgos,
que es rico y de hidalga sangre
Don Fidel.

JUANA.

Así lo dice
él ; pero el hacer alarde
de hidalguía mal se aviene
con la humildad , ni ensalzarse
debe nunca un buen cristiano
por ser de noble linage.
Hijos de Dios somos todos ;
la soberbia perdió al ángel,
y... pero usted se incomoda;
dexemos su cuna aparte,
y hablemos de su persona.
¿No fuera escándalo, y grande,
que á muchacha tan bonita
llevara hombre semejante?
¿Que no dirian las gentes?
¿No serian de este enlace
las que entender no se escusan
consecuencias muy probables?
Mucho arriesga la virtud
de una niña en dar al traste,
quando sus inclinaciones
así las fuerzan sus padres ;
la honradez de la muger
pende , señor , en gran parte
de las prendas ó defectos
del marido que le cabe.
Maridos conozco yo
que el buz la gente les hace,
y ellos se tienen la culpa
de que se anden sus mitades
como Dios quiere, que al fin

las mugeres son de carne,
y hay hombres de tal calaña,
tan raros y originales,
que serles fieles sería
tener la virtud de un ángel.
Quien da su hija á tal esposo
es ante Dios responsable
de los yerros que cometa,
hasta el dia que enviudare.

D. SIMPLICIO.

¿No sé yo mi obligacion,
qué vienes ahora á darme
lecciones?

JUANA.

Y mas valiera
que usted las tomara.

D. SIMPLICIO.

Baste:
no malgastemos el tiempo
en oir sus necedades.
Yo sé lo que te conviene,
y lo miro como padre.
Es muy cierto que á Don Cárlos
dí palabra de casarte
con él, mas luego he sabido
que es jugador, y si vale
decir verdad, mal cristiano.
Nunca he podido encontrarle
en sermones, en novenas,
en jubileos, ni en salves.

JUANA.

Eso faltara, que fuera

á la propia hora á toparse
con usted, como hacen otros.

D. SIMPLICIO.

Lo que te digo es que calles;
nadie te pregunta nada.
Por fin el otro es un ángel,
un amigo verdadero
de Dios, y de celestiales
gustos será su himeneo
un manantial abundante.
Vivireis como angelitos,
como tórtolas amantes,
entre cariños y arrullos,
sin contiendas ni debates,
y harás de él lo que quisieres.

JUANA.

¿De él? lo que hará es un cofrade
de san Márcos.

D. SIMPLICIO.

¡Hay tal pico!

JUANA.

Si es su estrella irremediable,
si no puede ser por menos,
señor, ni hay virtud que baste
á no meterle en el gremio.

D. SIMPLICIO.

Ya te he dicho que te calles,
y no metas tu cuchara
donde no te llama nadie.

JUANA.

Yo hablo por su bien de usted.

D. SIMPLICIO.

Mi bien no te importa; no hables
mas palabra.

JUANA.

Si no fuera
por la ley que tengo.

D. SIMPLICIO.

Dale;
no quiero que me la tengas.

JUANA.

No, señor, que aunque usted rabie
le quiero tener ley.

D. SIMPLICIO.

¡Oigan!

JUANA.

Y no he consentir que ande
en lenguas su honor de usted
por tamaño disparate.

D. SIMPLICIO.

¿Con que, ello, no has de callar?

JUANA.

No señor, porque se me hace
á fe cargo de conciencia
sufrir boda semejante.

D. SIMPLICIO.

Calla, diablo, que el infierno
envió para tentarme.

JUANA.

¿Usted es santo y se enfada?

D. SIMPLICIO.

Y mucho. No has de chistarme,

ó yo te haré que obedezcas
lo que te mando.

JUANA.

Aunque calle
no dexaré de pensar
que es solemne disparate
este matrimonio.

D. SIMPLICIO.

Piensa
lo que quieras, y no me hables...
Con madurez lo he mirado,
Á su hija.
y te conviene este enlace.

JUANA.

Rabiando estoi por hablar. *ap.*

D. SIMPLICIO.

No es de las mas agradables
su figura, mas tampoco
es de las mas repugnantes...

JUANA.

Sí; cara tiene de mico. *ap.*

D. SIMPLICIO.

Y quando no te gustare
su facha...

JUANA.

La lotería *ap.*
con estas bodas le cae.

D. Simplicio se vuelve ácia Juana, y la está escuchando con los brazos cruzados, y mirándola de hito en hito.

Si estuviera en el pellejo
de la niña, de este enlace,
á fe de quien soy, no habia

el muy drope de alabarse.
No bien fuera su muger,
quando supiera vengarme.

D. SIMPLICIO.

Á Juana.

¿Con que, ello, no se hace caso
de lo que yo digo? ¡es lance!

JUANA.

¿Quien hablaba con usted?

D. SIMPLICIO.

¿Pues con quien hablabas ántes?

JUANA.

Conmigo propia.

D. SIMPLICIO.

Está bien.
Un bofeton he de darle *ap.*
para castigar su mucha
desvergüenza... Que te cases

Se dispone á dar una bofetada á Juana, y á cada palabra que dice á su hija se vuelve á mirar si aquella habla. Juana se está quieta, y sin despegar los labios.

con Don Fidel he resuelto,
y que se haga lo mas ántes
esta boda. ¿En que consiste,

Á Juana.

Juana, que contigo no hables?

JUANA.

No tengo mas que decirme.

D. SIMPLICIO.

Una palabrita.

JUANA.

Dale:
no me da gana.

D. SIMPLICIO.

Atisvando
te estaba.

JUANA.

Sí; á buena parte.

D. SIMPLICIO.

En fin, hija, sé obediente,
cásate con él, y dame
gusto.

JUANA.

Huyendo á todo correr.
Yo no me casara,
aunque viva me majasen.

D. SIMPLICIO.

Despues de haber querido dar un bofeton á Juana, y darle en vago.

Tienes contigo un demonio
del infierno; que me maten
si puedo un punto con ella
vivir sin desesperarme,
y sin ofender á Dios.
Me voy á tomar el aire,
porque estoy tan irritado
que me temo que ha de darme
un tabardillo pintado.

ESCENA III.

Doña Pepita y Juana.

JUANA.

¿Está usted muda? ¿ó que diantre
le sucede, que me dexa
que yo responda á su padre,
como si debiera yo
con Don Fidel desposarme?
Estoy tonta: ¡á tal locura
ni siquiera replicarle!

D.ª PEPITA.

¿Que querias tú que hiciera
en tan apretado trance?

JUANA.

Todo lo que es necesario
para precaver tan grande
disparate.

D. PEPITA.

¿Que?

JUANA.

Decirle
que nunca las voluntades
se llevan unas por otras,
que quien se casa no es padre,
sino usted, y que por tanto
un novio que no le agrade
á usted, no ha de ser su esposo,
que pues tanto elogio le hace
de su Don Fidel, bien puede,

si quiere, con él casarse
mi amo, sin que impedimento
le ponga usted por su parte;
que quiere usted novio á gusto.

D.ª PEPITA.

Si tiene en las voluntades
tal dominio un padre siempre,
que no acerté á replicarle.

JUANA.

Poco á poco: Don Carlitos
quiere bien; y usted lo sabe.
Claro: ¿usted le quiere, ó no?

D.ª PEPITA.

¡Que extraña pregunta me haces!
¿No te lo he dicho cien veces?
¿No te he descubierto ya ántes
mi pecho otras ciento? ¿No
conoces mi amor constante?

JUANA.

¿Y que sé yo si la lengua
mintió, ó si usted á olvidarse
ha llegado de él?

D.ª PEPITA.

¡Yo, Juana!
¿Como tanto agravio me haces?
¿No te he dicho que le adoro?
¿No lo has visto? ¿No lo sabes?

JUANA.

¿Con que usted le quiere?

D.ª PEPITA.

Mas
que quanto puedo explicarte.

JUANA.

¿Y él le quiere â usted tambien?

D.ª PEPITA.

Eso no puede dudarse.

JUANA.

¿Y ustedes ambos anhelan
porque quanto ántes los casen?

D.ª PEPITA.

Cierto.

JUANA.

¿Y que resuelve usted
hacer con ese danzante
de Don Fidel? con entrambos
no es posible desposarse.

D.ª PEPITA.

Antes quitarme la vida.

JUANA.

El remedio es admirable;
así se sale de todo,
y por camino suave:
no hubiera yo dado en ello...
Vaya, me llevan mil diantres
quando oigo tales respuestas.

D.ª PEPITA.

¡Que condicion de vinagre
tienes! ¡Me ves apurada,
y en tan apretado trance
ni te dueles de mi suerte!

JUANA.

¡Dolerme de quien no sabe
chistar, quando llega el caso,
y habla despues de matarse,

y dice mil tonterías!

D.ª PEPITA.

Si tengo miedo á mi padre.

JUANA.

El amor quiere entereza.

D.ª PEPITA.

¿Pues qué, no soy yo constante?
¿No toca á Cárlos hacer
que padre con él me case?

JUANA.

¿Y si su padre de usted
es un terco sin alcances,
que se mete en la cabeza
que usted ha de desposarse
con Don Fidel, y no cumple
lo que prometió á su amante,
qué culpa tiene Don Cárlos?

D.ª PEPITA.

¿Como quieres que declare
que Don Fidel me repugna,
sin respetar á mi padre,
y olvide el pudor del sexô,
para que las gentes hablen,
y de niña antojadiza
y desenvuelta me traten?

JUANA.

No quiero tal; no por cierto:
si usted pretende casarse
con Don Fidel ¿quien lo estorva?
Fuera mucho disparate.
Es un sugeto de prendas
Don Fidel, y muy amable.

¡Todo un Don Fidel! no es nada.
¡Un personage tan grave!
Reciba usted, señorita,
mi parabien del enlace.
¡Quanto lo celebraremos
todos! y hemos de llevarle
en palmas; si es mucho cuento.
Buen mozo, de ilustre sangre,
la cutis muy reluciente,
orejas como un tomate.
¡Que dicha la de vivir
con marido tan amable!

D.ª PEPITA.

¡Dios mio!

JUANA.

¡Con que alegría
oirá usted, que la llamen
la Fidela! ¿no es verdad?

D.ª PEPITA.

Por Dios, Juana, no me mates
con tus razones, y dime
de qué modo he de zafarme
de este odioso casamiento,
que haré quanto tú me mandes.

JUANA.

No, señorita, que es justo
que las hijas á sus padres
obedezcan, aunque quieran
que con un ximio se casen.
¿Y de que se queja usted?
En breve irá usted muy grave
con su esposo á Ciempozuelos,

que es su pueblo, y el alcalde
vendrá á recibir á ustedes;
en pos de él los principales
personages del lugar:
el escribano, el sochantre;
el dómine y el barbero
darán á ustedes un bayle,
donde estarán las señoras
con vuelos angelicales.
Habrá hipocras, limonada,
y barquillos, sin que falte
tamboril, gayta gallega,
y barberillo que cante
las seguidillas boleras.
¡Con que salero y donaire!

D.ª PEPITA.

Tú quieres que yo me muera;
por Dios te pido me saques
de este ahogo.

JUANA.

Y en poca agua.

D.ª PEPITA.

Juana, por Dios.

JUANA.

¡Que me place!
Con eso aprenderá usted
á dexar de ser cobarde.

D.ª PEPITA.

¡Juana de mi corazon!

JUANA.

Que no.

D.ª PEPITA.

Si mis ruegos valen
algo contigo.

JUANA.

Está echado
el fallo, y ha de casarse
usted con Don Fidel.

D.ª PEPITA.

Juana,
mira como lloro, dame
consejo.

JUANA.

¿Pues la Fidela
no es nombre muy apreciable?

D.ª PEPITA.

En fin, pues mi triste suerte
no ha conseguido ablandarte,
yo sé un remedio infalible
para salir de mis males,
y mi desesperacion
muy breve sabrá tomarle.

D.ª Pepita se quiere ir, y Juana la detiene.

JUANA.

Venga aquí usted, señorita.
Fuerza será me apiade,
y que me duela su pena.

D.ª PEPITA.

Mira, Juana, si adelante
pasa mi padre en su empeño,
el pesar ha de acabarme.

JUANA.

Con maña se encuentra al cabo

remedio á todos los males;
ya le buscaremos . . . Pero
ahí tiene usted á su amante.

ESCENA IV.

Don Cárlos, Doña Pepita y Juana.

D. CÁRLOS.
Señorita, una noticia
me dan ahora en la calle,
que es ciertamente plausible.
D.ª PEPITA.
¿Y qual?
D. CÁRLOS.
Que va á desposarse
Don Fidel con usted.
D.ª PEPITA.
Eso
lo ha dispuesto así mi padre.
D. CÁRLOS.
¡Su padre de usted!
D.ª PEPITA.
No quiere
ya que con usted me case,
y me propone esta boda.
D. CÁRLOS.
¿De veras?
D.ª PEPITA.
Y tanto que hace
para que yo venga en ello
esfuerzos muy eficaces.

D. CÁRLOS.

¿Y que piensa usted hacer?

D.ª PEPITA.

¿Que sé yo?

D. CÁRLOS.

Pues muy buen lance
hemos echado á fé mia.
¿Con que usted aun no lo sabe?

D.ª PEPITA.

No.

D. CÁRLOS.

¿No?

D.ª PEPITA.

Deme usted consejo.

D. CÁRLOS.

Mi consejo es que se case
usted con ese hombre al punto.

D.ª PEPITA.

¿Quiere usted?

D. CÁRLOS.

¿Que duda cabe?

D.ª PEPITA.

¿De veras?

D. CÁRLOS.

¿Quien lo pregunta?
¿Pues donde pudiera hallarse
esposo con tantas prendas?

D.ª PEPITA.

Si usted aprueba este enlace,
yo tambien.

D. CÁRLOS.

Ya me parece

que le aprobaba usted antes.

D.ª PEPITA.

Celebro infinito, Cárlos,
que sea usted de ese dictamen.

D. CÁRLOS.

Sí, señora, porque veo
que le es á usted agradable.

D.ª PEPITA.

Pues yo por dar á usted gusto
pienso seguirle al instante.

JUANA.

Retirándose al fondo del teatro.

Veamos en lo que para.

D. CÁRLOS.

¡Que así una falsa me engañe!
¡que así me fingiera amor!

D.ª PEPITA.

Hablar mas de eso es en valde;
usted me ha dicho que debo
con Don Fidel desposarme,
y yo sigo sus consejos,
y le declaro que á darle
la mano al otro estoy pronta.

D. CÁRLOS.

Señorita, no se canse
usted en dar por disculpa
que yo lo aconsejo; acabe
de confesar que estas bodas
le petan.

D.ª PEPITA.

Si así le place
á usted, lo confesaré.

D. CÁRLOS.

Y que su pecho inconstante
jamas me quiso de veras.

D.ª PEPITA.

Aquello que mas le agrade
puede usted pensar.

D. CÁRLOS.

Sí, sí;
mas de un agravio tan grande
yo me vengaré, y acaso
por no sufrir tal desaire,
á otra le daré mi mano,
que sé que no ha de faltarme
quien me quiera dar consuelo.

D.ª PEPITA.

¿En eso que duda cabe?
el mérito que le adorna
á usted es tan relevante...

D. CÁRLOS.

Bien sé que valgo muy poco;
mas dexemos eso aparte.
Bien claro lo prueba usted,
pero sin hacer alarde
de mis prendas, puede ser
que halle muger mas constante
que á mi obsequio corresponda.

D.ª PEPITA.

Y de mí, como mudable,
se olvidará usted muy breve.

D. CÁRLOS.

O procuraré olvidarme
á lo menos; quien desecha

amor tan fino y constante
merece que su desden
con mayor desden se pague.
Si no es posible borrar
en el corazon su imágen,
fuera á lo menos vileza
seguir mostrándose amante
de quien así corresponde.

D.ª PEPITA.

Me parece muy loable
resolucion tan heroica.

D. CÁRLOS.

Y todos han de alabarme.
¿O quisiera usted acaso
que con ánimo cobarde
la viera pasar á brazos
agenos, y yo constante,
adorando sus desprecios,
no pensara en consolarme
con dama menos ingrata?

D.ª PEPITA.

¿Yo he dicho tal disparate?
Lo único que á mi me pesa
es que no esté hecho.

D. CÁRLOS.

Al instante
lo haré, si usted me lo manda.

D.ª PEPITA.

Vaya usted; por mí ya es tarde.

D. CÁRLOS.

Voyme, ingrata, que ya es mucha

paciencia á tanto desaire.

Da un paso ácia la puerta.

D.ª PEPITA.

Bien está.

D. CÁRLOS.

Volviéndose atras.

Acuérdese usted
de los agravios y ultrages
con que me forzó á dexarla.

D.ª PEPITA.

Ya.

D. CÁRLOS.

Volviéndose otra vez atras.

Exemplo de ser mudable
me dió usted.

D.ª PEPITA.

Sí; yo le he dado.

D. CÁRLOS.

Á la puerta.

Será usted servida; baste.

D.ª PEPITA.

Eso quiero yo.

D. CÁRLOS.

Volviéndose atras otra vez.

En mi vida
no he de volver á acordarme
de usted, ni á verla.

D.ª PEPITA.

Bien hecho.

D. CÁRLOS.

Volviendo la cara quando va á salir.

¿He?

D.ª PEPITA.

¿Que?

D. CÁRLOS.

Puede que me engaño.
¿Llamaba usted?

D.ª PEPITA.

¡Yo! usted sueña.

D. CÁRLOS.

Salgo al fin de estos umbrales
para siempre, á Dios.

Se va muy despacio.

D.ª PEPITA.

Abur.

JUANA.

Á Doña Pepita.

Parece escena de orates.
¿Pierden ustedes el seso?
Nunca ví dos locos tales.
Yo los dexaba por ver
en que pararía el lance.
Oiga usted, caballerito.

Coge á Don Cárlos por un brazo.

D. CÁRLOS.

Haciendo que se resiste.

Haz el favor de soltarme.

JUANA.

Venga usted aquí.

D. CÁRLOS.

No, no;
bien has visto sus desayres.
Estoy resuelto á dexarla.

JUANA.

Poco á poco.

D. CÁRLOS.

No te canses,
que no he de verla jamas.

JUANA.

¡Por vida!...

D.ª PEPITA.

No quiere hablarme:
yo me iré.

Dexando á D. Cárlos, y corriendo tras de Doña Pepita.

JUANA.

¿Donde va usted?
Esta es otra.

D.ª PEPITA.

Suelta.

JUANA.

Dale.

D.ª PEPITA.

No pienses en detenerme.

D. CÁRLOS.

Ya veo yo que es en valde *ap.*
estarme aquí, que mi vista
la incomoda, y evitarle
quiero con irme su pena.

JUANA.

Dexando á Doña Pepita, y corriendo tras de D. Cárlos.

Ya escampa: es cosa del diantre.
¡Otra vez! ¿Quieren ustedes
venir aquí? ¡Voto á sanes!

Coge á D. Cárlos y á Doña Pepita, y los trae por la mano.

D. CÁRLOS.

Á Juana.

¿Que intentas?

D.ª PEPITA.

Á Juana.

¿Que es lo que quieres?

JUANA.

Lo primero hacer las paces,
y despues encontrar medio
para salir de este trance.
¿Está usted en su juicio?

Á D. Cárlos.

D. CÁRLOS.

¿Pues no has visto sus desaires?

JUANA.

Á Doña Pepita.

¿Si usted no ha perdido el seso,
á qué ha venido enfadarse?

D.ª PEPITA.

¿No has visto con que insolencia
me ha tratado?

JUANA.

Necedades
de entrambos... Ella no quiere,

Á D. Cárlos.

ni nunca querrá otro amante.
Yo lo juro en mi conciencia...
Don Cárlos no obsequia á nadie

Á Doña Pepita.

sino á su Pepita, á nada
tanto anhela, como á darle
la mano; yo así lo fio.

D.ª PEPITA.

A Juana.

¿Á que viene aconsejarme
que me despose con otro?

D. CÁRLOS.

Á Juana.

¿Y en un caso semejante,
por qué ella me lo pregunta?

JUANA.

Locura por ambas partes.
Vaya; dénse ambos las manos.
Traiga usted, sin replicarme.

Á D. Cárlos.

D. CÁRLOS.

Alargando la mano á Juana.

¿Para que quieres mi mano?

JUANA.

A Doña Pepita.

La de usted.

D.ª PEPITA.

Alargando tambien la suya.

Si eso no vale
nada.

JUANA.

Vamos aquí entrambos:
si todavía no saben
ustedes quanto se quieren.

Doña Pepita y Don Cárlos están un poco de tiempo agarrados de las manos, sin mirarse uno á otro.

D. CÁRLOS.

Volviéndose á Doña Pepita.

¿Que, no quiere usted mirarme?

¿Aun no se acabó el enfado?

Doña Pepita se vuelve á mirar á Don Cárlos, sonriéndose,

JUANA.

¡Que locos son los amantes!

D. CÁRLOS.

A Doña Pepita.

¿Pero no tengo motivos,
diga usted, para quejarme
amargamente? ¡que sea
usted tan mala! ¡Un desaire
tan cruel!

D.ª PEPITA.

Eso es; yo soy
la culpada en este lance.
¡Ingrato!

JUANA.

Para otro tiempo
dexemos esos debates,
y tratemos de evitar
este aborrecido enlace.

D.ª PEPITA.

Dínos lo que hemos de hacer.

JUANA.

No hay para que atosigarse;
remedio habrá para todo.
Mi amo no sabe lo que hace.

A Doña Pepita.

No puede ser lo que intenta.

A D. Cárlos.

Usted haga por llevarle

A Doña Pepita.

la corriente, aparentando
que está pronta á desposarse
con su Don Fidel, porque
de ese modo no se escame,
y acelere el matrimonio;
que como éste se dilate,
ya encontraremos salida.
Ya dice usted á su padre,
que se le anda la cabeza,
que la jaqueca le parte
las sienes: luego otro dia
hace porque se derrame
la sal en la mesa, y grita:
¡que agüero tan deplorable!
Ora sueña que en un pozo
de colodrillo se cae.
Por fin lo mejor del cuento
es que para desposarse
ha de decir usted: *sí*,
y como puede en el lance
decir: *no*, sin mas trabajo,
no hay á fe por que asustarse.
Lo que importa es que no vean
juntos á los dos amantes
por ahora... Salga usted,

A D. Carlos.

señor galan, al instante,
y vea á todos sus amigos,
que de sus promesas hablen
á mi amo, y que le convenzan
con razones eficaces.

Usted, señorita, al punto,

A Doña Pepita.

procure al tio empeñarle,
y tambien á su madrasta,
que la quiere como madre.

D. CÁRLOS.

A Doña Pepita.

Mas del amor de usted fio,
mi Pepita, que de nadie.

D.ª PEPITA.

A D. Cárlos.

Yo no sé qual ha de ser
la voluntad de mi padre;
mas á escoger otro dueño
sé que no podrá forzarme.

D. CÁRLOS.

¡Que dulce es esa promesa
á mi corazon amante!

JUANA.

No se hartarán de charlar,
aunque estén eternidades.
Fuera, digo.

D. CÁRLOS.

Volviéndose atras.

En fin.

JUANA.

¿Habrá
palique toda la tarde?

Juana los empuja por las espaldas, á cada uno por distinta parte, y los fuerza á que se separen.

Vaya usted por esa puerta,
y usted por estotra parte.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA

D. Alexandro y Juana.

D. ALEXANDRO.
Pártame un rayo del cielo;
pase yo plaza de indigno,
de soez y de cobarde,
sino hiciere un desatino
con ese infame echacantos.

JUANA.
Conténgase usted, por Cristo;
hasta aquí quanto tememos
aun no ha pasado del dicho,
y para llegar al hecho
mucho falta..

D. ALEXANDRO.
¡Vil mendigo!
No tengas recelo, Juana.
Yo le cortaré los brios.

JUANA.
Gaste usted, por Dios, cachaza;
que nunca por ser tan vivo
le queda títere á vida;
ya sabe usted el ahínco
con que su madrastra anhela,
á casar á Don Carlitos
con Pepita, y que los ama,
mas que si fueran sus hijos,

á ustedes, que aunque muchacha,
y hermosa tiene juicio.
Don Fidel se muestra siempre
con mi señora muy fino,
y hace quanto ella le manda;
yo, sospecho, señorito,
que está enamorado de ella,
que fuera lance muy digno
de contar: ello es que intenta
rogarle que del designio
de dar la mano á Pepita
se desista, y que me ha dicho
que le cite en esta sala;
yo me temo que el maldito
salga con una pamema.
Todavía no he podido
verle, que dice el criado
que con pecho muy contrito
está en oracion mental,
y interrumpir exercicio
tan santo, fuera una accion
propia de Lucifer mismo.
Yo he dicho que le esperaba
aquí; con que, señorito,
marcharse y dexarme sola.

D. ALEXANDRO.

No me muevo de este sitio;
que he de oir lo que responde.

JUANA.

Vamos; no sea usted niño,
que conviene que estén solos.

D. ALEXANDRO.

No chistaré.

JUANA.

Si es delirio,
y no puede contenerse
usted; sálgase, le digo.

D. ALEXANDRO.

Ya verás que no me enfado.

JUANA.

¡Jesus; que ya viene! Vivo.
Escóndase usted ahí.

Don Alexandro se va á esconder á un gabinete, que hay en el fondo del teatro.

ESCENA II.

Don Fidel y Juana.

D. FIDEL.

Hablando en voz alta á su criado, que está dentro, así que vé á Juana.

Lorenzo, guarda el cilicio
con las disciplinas, si alguien
me busca, voy ahora mismo
á visitar á los presos,
y dar á estos pobrecitos
lo que á mí me han entregado
devotos caritativos.

JUANA.

Baladron de santidad. *ap.*

D. FIDEL.

Segun Lorenzo me dixo

me llamaba usted : ¿que quiere?

JUANA.

Solo decirle....

D. FIDEL.

Sacando un pañuelo del bolsillo, y tirándosele.

¡Dios mio!
Coja usted ese pañuelo
ántes de hablar mas.

JUANA.

No atino
para qué.

D. FIDEL.

Cubra ese pecho:
¡Jesus! yo me escandalizo
de verla tan inmodesta.
Ese trage ya le he dicho
que es ocasion de pecado.

JUANA.

Pues, por Jesu Cristo vivo,
que poco trabajo cuesta
al espíritu maligno
para hacer á usted pecar.
No es mala ocurrencia; y digo,
aunque esté usted como estaba
Adan en el paraiso,
quiero, si me tienta el diablo,
caerme muerta aquí mismo.

D. FIDEL.

Hable usted con mas modestia,
ó me iré.

JUANA.

No, que yo digo
mi recado en dos palabras:
mi ama quiere en este sitio
hablar con usted un rato.

D. FIDEL.

¡Ay; con el alma!

JUANA.

Está visto. *ap.*
Ciertos son los toros; vamos.

D. FIDEL.

¿Viene luego?

JUANA.

Ahora mismo.
Mas ya está aquí; yo me voy.

ESCENA III.

Doña Elvira y Don Fidel.

D. FIDEL.

Señora; el cielo propicio
salud espiritual
y corporal, como pido
á Dios en mis oraciones,
aunque pecador indigno,
á usted dé, y de bienes colme
tan preciosa vida.

D.ª ELVIRA.

Estimo
los buenos deseos de usted,
que me prueban su cariño.

Sentémonos y estaremos
mejor.

D. FIDEL.

Sentado.

¿Quedan aun vestigios
del mal de usted?

D.ª ELVIRA.

Sentada.

No señor.
Como si no hubiera sido
nada estoy.

D. FIDEL.

Mis oraciones
sin duda nada han podido
con Dios, pero en todas ellas
le pedia con ahínco
el alivio de usted.

D.ª ELVIRA.

Debo
á usted afecto muy fino.

D. FIDEL.

Una salud tan preciosa
merece ser de contínuo
el blanco de mis cuidados;
y yo por su pronto alivio
hubiera dado la mia.

D.ª ELVIRA.

Cierto, usted es un prodigio
de la caridad cristiana.

D. FIDEL.

Si con los méritos mido
mi zelo, me quedo corto.

D.ª ELVIRA.

Yo he venido con designio
de hablar á usted de un asunto
á solas.

D. FIDEL.

Mucho ha que aspiro
á esa dicha yo tambien.
¡Oh quanto al cielo he pedido
que me deparára el caso
de ver á usted sin testigos,
y hasta aquí no lo he logrado!

D.ª ELVIRA.

Lo que yo de usted exîjo
es que me hable sin rebozo.

Don Alexandro sin salir entreabre la puerta del retrete, en que está escondido, para oir lo que dicen.

D. FIDEL.

Y yo á nada tanto aspiro
como á descubrir á ustéd
todo entero el pecho mio,
y asegurarle no crea
que, si enojado me ha visto
gritar contra sus visitas,
me guia ningun motivo
de odio, que ántes es efecto
del mas sincéro cariño,
del fervor mas acendrado.

D.ª ELVIRA.

Tambien yo así lo imagino;
zelo de mi salvacion.

D. FIDEL.

Cogiendo la mano á Doña Elvira, y apretándole los dedos.

Si señora, y tan activo....

D.ª ELVIRA.

Suelte usted, que me lastima.

D. FIDEL.

Fué por fervor excesivo,
que no es mi ánimo hacer mal
á usted, y hubiera querido
mas ántes....

Pone la mano en las rodillas de D.ª Elvira.

D.ª ELVIRA.

Fuera la mano.

D. FIDEL.

¡Que texido este tan fino!

D.ª ELVIRA.

Déxeme usted, porque tengo
muchas cosquillas.

Doña Elvira desvia la silla, y D. Fidel acerca la suya.

D. FIDEL.

Andando con el pañuelo de Doña Elvira.

¡Muy lindo
punto! ¡Si trabajan hoy
de un modo tan exquisito!

D.ª ELVIRA,

Verdad es; pero tratemos
de nuestro asunto; Simplicio
quiere casar á Pepita
con usted, segun me han dicho,

y faltar á su palabra...
¿es cierto?

D. FIDEL.

Sí; algo me dixo
ayer Don Simplicio, pero
la ventura á que yo aspiro
no es esa, que en otra parte
respiran los atractivos
de la celestial belleza,
de quien soy el siervo indigno.

D.ª ELVIRA.

Bien sé que usted solo anhela
á servir á Dios.

D. FIDEL.

No abrigo
un corazon en mi pecho,
señora, de marmol frio.

D.ª ELVIRA.

Ya; pero está de las cosas
de este mundo desprendido.

D. FIDEL.

No, señora; los afectos
mas fervorosos y pios
no apagan los terrenales,
que agrada á Dios ser querido,
y alabado en las hechuras
perfectas que su mano hizo,
como las que se parecen
á usted; pero su divino
pincel luce en ese rostro,
donde Dios ostentar quiso
todo su poder, formando

el dechado mas cumplido
de celestial hermosura,
y confieso que no he visto
tanta perfeccion sin dar
gracias al autor divino
de la belleza, y sentir
en mi pecho el fuego activo
de amor, que en ese semblante,
Elvira, un trasunto miro,
de la angélica hermosura.
Yo me recelé al principio
que era mi amor tentacion
del espíritu maligno,
y de huir de la presencia
de usted propósito fixo
en mi corazon formé;
mas meditándolo, he visto
que sin caer en pecado
puedo amar ese divino
conjunto de perfecciones,
que no puede haber delito
donde el escándalo falta:
en esto, señora, fio
sea de mi corazon
á usted grato el sacrificio:
bien sé que es mucha osadía
que sugeto tan indigno
presuma hacer tal ofrenda;
pero no obstante, confio
que, aunque mis merecimientos
á la corona que aspiro
no puedan ser acreedores,

suplirá usted con benigno
pecho lo mucho que falta
á su siervo, que el destino
suyo en manos de usted dexa.
De su soberano arbitrio
pende mi infierno ó mi gloria,
segun severo ó propicio
el fallo fuere que aguardo.

D.ª ELVIRA.

Confieso que me ha cogido
de nuevas ese discurso:
él es cierto que es muy fino,
pero me parece extraño,
y en verdad que no concibo
que un devoto como usted
en tal yerro haya incurrido.
¿Que dirá el mundo, si entiende
semejante desvarío?

D. FIDEL.

Aunque devoto, soy hombre,
y como tal no resisto
á esa celestial belleza,
ni pienso, ni raciocino,
quando extático contemplo
tanta beldad. No me admiro
que condene usted mi amor;
mas si cometo un delito,
obro, hermosísima Elvira,
sin libertad ni alvedrío,
porque todo le rendí
así que ví tanto hechizo,
y la dulzura inefable

de esos ojos peregrinos
dió con mi flaqueza en tierra:
llantos, ayunos, cilicios,
todo fué en valde; mil veces
mis miradas, mis suspiros,
ántes ya han dicho, señora,
lo que con la boca digo
en esta ocasion; si usted
quiere con pecho benigno
dar á las tribulaciones
de su indigno esclavo alivio,
y abaxar hasta mi nada
sus gracias desde el impireo
de su divina hermosura,
juro que no habrá tenido
mas fervoroso devoto.
La honra no corre peligro
conmigo, ni hay que temer
que yo quebrante el sigilo,
como hacen mil pisaverdes,
que apenas han conseguido
los favores de una dama
quando vuelan á decirlo,
á todos quantos encuentran,
profanando los impíos
torpemente aquellas aras
donde ofrecen sacrificios.
Los devotos, como yo,
con mas cautela vivimos,
y los secretos de amor
jamas á nadie decimos,
porque nuestra buena fama

en que no sean sabidos
estriva; y así, señora,
quien á nuestro afecto fino
corresponde está segura
de hallar gustos sin peligros,
y sin escándalo amor.

D.ª ELVIRA.

Todo eso está muy bien dicho;
habla usted con eloqüencia;
pero si yo se lo digo
á mi marido ¿no teme
que se le entibie el cariño
de hermano que le profesa?

D. FIDEL.

Yo sé que el pecho benigno
de usted sabrá perdonar
discursos que, aunque atrevidos,
son hijos del ciego amor
que en mi corazon abrigo.
No soy ángel, y hombre flaco,
quando esa belleza miro
conozco que soy de carne.

D.ª ELVIRA.

Otras metieran ruido;
yo no pienso así; mi esposo
no sabrá lo que se ha dicho
aquí, pero en pago de ello
de usted una cosa exîjo,
y es que se empeñe con fuerza
para que una mi marido
á Pepita con Don Cárlos,

y no exerza usted dominio
en prenda que ya es agena.

ESCENA IV.

Doña Elvira, D. Alexandro y D. Fidel.

D. ALEXANDRO.

Saliendo del retrete donde estaba escondido.

No, señora, he de decirlo
todo; desde ese retrete,
adonde estaba escondido,
he escuchado las infamias,
las traiciones de ese iníquo.
El cielo para vengarme
que aquí me escondiera quiso,
y para que sus maldades
tuviesen justo castigo.
En fin, mi padre sabrá
quien es ese vil indigno
que se atreve á requebrar
á su muger.

D.ª ELVIRA.

No, querido;
Basta con que tenga cuenta
en adelante consigo,
y merezca su perdon;
por mi amor te lo suplico,
no digas nada á tu padre:
de tan necios desvaríos
hace burla una muger,

y no lleva á su marido
cuentecillos de esta especie.

D. ALEXANDRO.

Usted tiene sus principios,
y yo los mios; no quiero
que se queden sin castigo
de este hipocriton infame
los pensamientos lascivos:
Harto tiempo ha que el perverso
nos tiene á todos en vilo,
y que obedece mi padre
sus antojos y caprichos,
que se opone á que mi hermana
se despose con mi amigo,
y yo con la suya; en fin,
el cielo sin duda quiso
depararme esta ocasion
de descubrir los designios
de su corazon dañado,
y pues el cielo propicio
me la ofrece, mal haría
en desperdiciarla.

D.ª ELVIRA.

Digo,
Alexandro, que . . .

D. ALEXANDRO.

Es en valde:
de alegría no respiro.
Gustaré de la venganza
el placer tan exquisito.
A decírselo á mi padre
vuelo en este instante mismo:

pero aquí viene; el bribon
va á llevar su merecido.

ESCENA V.

D. Simplicio, Doña Elvira, D. Alexandro y D. Fidel.

D. ALEXANDRO.

Me alegro que llegue usted
tan á tiempo; su cariño,
cierto, se le paga bien
el señor: de fiel amigo
cumple las obligaciones
como quien es; aquí mismo
ha intentado deshonrar
á usted; yo propio testigo
he sido de los requiebros
que á mi madrasta le ha dicho,
declarándole su amor.
Ella habia prometido
callar, como es tan prudente;
pero yo que soy mas vivo
quiero que usted sepa el pago
de todos los beneficios
que está haciendo á su beato.

D.ª ELVIRA.

Cierto es que no hubiera dicho
este secreto á mi esposo:
si tú me hubieras creido,
Alexandro, nunca habria
llegado hasta sus oidos

tan desagradable escena;
muger que tiene principios
de honra calla y se defiende.

ESCENA VI.

D. Simplicio, D. Alexandro y D. Fidel.

D. SIMPLICIO.

¿Un proceder tan iníquo
es creible? ¡Cielo santo!

D. FIDEL.

Sí, hermano, soy un indigno
pecador, todo abrumado
de iniquidad y de vicios;
soy el hombre mas perverso,
mas villano de este siglo:
mi vida es una sentina
de maldades y delitos,
y al fin quiere darme el cielo
el merecido castigo,
y por mas grave que sea
esta acusacion, es fixo
que no iguala á los pecados
que yo tengo cometidos.
Crea usted lo que le dicen,
hermano: como un indigno
arrójeme de su casa;
sin quejarme me resigno
á quantos baldones quiera,
que mas tengo merecido.

D. SIMPLICIO.

Á su hijo.

Pícaro; ¡y con tus mentiras
querias de este bendito
manchar la reputacion!

D. ALEXANDRO.

¿Que, quiere usted desmentirnos
porque con falsa humildad?...

D. SIMPLICIO.

Calla, Lucifer maldito.

D. FIDEL.

Déxele usted que hable, hermano,
y crea quanto le ha dicho;
¿pues por qué á quanto me imputa
no quiere usted dar oidos?
¿No soy yo acaso capaz
de mas atroces delitos?
Mi exterior es el de un santo;
¿pero todo quanto digo
no puede ser fingimiento?
No le engañen, hermanito,
las mentidas apariencias;
todos viven persuadidos
á que yo soy un dechado
de virtudes, un bendito;
pluguiera á Dios fuese cierto:
soy un pecador iníquo.

Hablando con Don Alexandro.

Mejor me conoce usted:
tráteme usted, hijo mio,
de infame, aleve, villano,
de impostor y de asesino,

bien merezco estos baldones,
y en nada los contradigo;
de rodillas los escucho,
como castigo debido
á mis enormes pecados.

D. SIMPLICIO.

A Don Fidel.

Por Dios, basta, hermano mio.
¡Pícaro, y no te arrepientes!

A su hijo.

D. ALEXANDRO.

¿Pues á usted le han seducido? ...

D. SIMPLICIO.

Calla, lengua del demonio ...
Hermano, mi único amigo,

A Don Fidel.

levántese usted ... ¡Infame!

D. ALEXANDRO.

¿Como?

D. SIMPLICIO.

Que calles te he dicho.

D. ALEXANDRO.

No puedo aguantar. ¿Que; usted?...

D. SIMPLICIO.

Si me chistas, voto á Cristo,
te rompa brazos y piernas.

D. FIDEL.

Hermano, por Dios lo pido,
no se altere usted: primero
sufriré el mayor castigo
que consentir que le toque.

D. SIMPLICIO.

Á su hijo.

¡Ingrato!

D. FIDEL.

Se lo suplico,
si es menester, de rodillas.
Perdone, por Dios, á su hijo.

D. SIMPLICIO.

Poniéndose tambien de rodillas y abrazando á Don Fidel.

¡Ay! quanta bondad, hermano...
¿Lo ves, lo ves? dí, maldito.

Á su hijo.

D. ALEXANDRO.

¿Con que?...

D. SIMPLICIO.

Silencio.

D. ALEXANDRO.

¿Que?...

D. SIMPLICIO.

Calla;
¿piensas que no sé el motivo
de tus enredos? Bien veo
que todos á este bendito
tienen aborrecimiento
en casa; criados, hijos
y muger, y andan fraguando
mil embustes mal zurcidos,
para que yo le despida;
no lo lograreis, os digo;
quanto mas os empeñais
en echarle, mas me obstino

yo en que se esté en casa; á fin
que no os quede mas arbitrio,
y que rabie mi familia
quiero que este dia mismo
Pepita le dé su mano.

D. ALEXANDRO.

¡Forzarla á que por marido
le admita!

D. SIMPLICIO.

¡Pues no, bribon!
Y esta noche, lo repito,
se ha de hacer el matrimonio.
Ya veremos si os obligo
á que me obedezcais todos.
Vamos, ven aquí, mal hijo,
pide perdon al Señor
de los embustes que has dicho.

D. ALEXANDRO.

¡Á ese infame mogigato¡
¿Está usted en su juicio?

D. SIMPLICIO.

¡Aun le dices picardías!
Un palo ... Por Jesu Cristo

Á Don Fidel.

déxeme usted que le mate ...
Véte de mi casa, digo,

Á su hijo.

y no me entres mas en ella.

D. ALEXANDRO.

Voyme, pero yo le fio
al ladron ...

D. SIMPLICIO.

Salte al instante,
bribonazo ; yo te privo
de mi vista, y de mi herencia,
y amen de eso te maldigo.

ESCENA VII.

Don Simplicio y Don Fidel.

D. SIMPLICIO.

¡Á un santo agraviarle así!

D. FIDEL.

Perdonadle vos, Dios mio,
como yo le he perdonado. . .
Á Don Simplicio.
No sabe usted lo afligido
que estoy de que me calumnien
con mi querido hermanito.

D. SIMPLICIO.

¡Ay Dios!

D. FIDEL.

De pensarlo solo
siento en mí un dolor tan vivo,
que se me salta del pecho
el corazon. ¡Que suplicio!
La pesadumbre me quita
el aliento y el sentido.
Me muero, hermano, me muero.

D. SIMPLICIO.

Echa á correr llorando ácia la puerta por donde ha echado á su hijo.

Por el santo mas bendito

te juro, bribon, que siento
haberte dexado vivo . . .
consuélese usted, hermano;
A Don Fidel.
y no se altere.

D. FIDEL.

Está visto;
es necesario acabar
de una vez con los continuos
disturbios que en la familia
causo, y por tanto le pido
á usted, hermano, permita
que me vaya.

D. SIMPLICIO.

¡Que delirio!
¡Irse usted!

D. FIDEL.

Si me aborrecen,
y me achacan mil delitos.

D. SIMPLICIO.

¿Les doy yo crédito acaso?

D. FIDEL.

Me supondrán mil designios
perversos, y sabe Dios
si á fuerza de repetirlos
lograrán que usted los crea.

D. SIMPLICIO.

Nunca, nunca, hermano mio.

D. FIDEL.

Una muger tiene tanta
influencia en su marido,
que al fin hace quanto quiere.

D. SIMPLICIO.

No, no.

D. FIDEL.

Con irme les quito
la ocasion de calumniarme.

D. SIMPLICIO.

Mi hermano, mi dulce amigo;
no puedo vivir ni un punto
sin usted.

D. FIDEL.

Pues si es preciso
yo me mortificaré;
no obstante, hermano, suplico
si puede ser.

D. SIMPLICIO.

¡Ha!

D. FIDEL.

No se hable
mas del caso: lo que exîjo
es que me permita usted
huir de su esposa; sí, amigo,
la honra es cosa delicada;
¡el mundo forma juicios
tan errados!...

D. SIMPLICIO.

No, señor,
es solemne desatino;
quiero que esté usted con ella
siempre; el mayor gusto mio
es que rabie, que murmure
la gente, porque no estimo
ni un ardite, el que dirán,

tratándose de un amigo
como usted, y en prueba de ello
mi sucesion determino
dexarle, haciéndole entera
donacion ahora mismo
de mis bienes, que tal yerno
vale mas que muger, hijos
y parientes; ¿no la acepta
usted, hermano querido?

D. FIDEL.

Dios mio, tu voluntad
cúmplase en tu siervo indigno.

D. SIMPLICIO.

Pues á otorgar la escritura
sin dilacion, hermanito,
y mas que luego la envidia
aseste todos sus tiros.

ACTO IV.

ESCENA PRIMERA.

Don Pablo y Don Fidel.

D. PABLO.

Todo el mundo lo murmura,
sí; bien puede usted creerme;
todos dicen que su padre
anduvo muy imprudente,
y culpan á usted tambien,
y á fe que celebro haberle
encontrado, por decirle

á usted en razones breves
mi sentir. Yo no averiguo
si lo que dice la gente
es la verdad, y supongo,
contra lo que todos creen,
que mi sobrino mintió,
y que usted está inocente.
Usted que es tan buen cristiano
perdonar su agravio debe,
y no consentir que un padre
al hijo de su casa eche:
es general el escándalo,
y le digo francamente
á usted que reconciliarle
con su padre le conviene,
y que el asunto no pase
adelante: Dios no quiere
la muerte del pecador:
quien no perdona le ofende.

D. FIDEL.

¡Ay, Señor! yo le perdono
mi agravio, sin que me quede
ningun rencor en el pecho;
si puedo servirle, cuente
con quanto yo tengo y valgo,
en lo que favorecerle
sin pecar sea posible;
mas si él á esta casa vuelve,
es necesario que yo
sin mas dilacion la dexe.
Despues de su infame accion,
¿que no dirian las gentes,

y qué escándalo sería
si junto con él viviese?
Pensarian, con razon,
que de un hecho tan aleve
soy culpado, y que temiendo
que consiga convencerme
Don Alexandro he tomado
la resolucion prudente
de olvidar todo, fingiendo
que la caridad me mueve,
porque él oculte mis yerros.

D. PABLO.

Son razones aparentes,
que no pueden persuadirme:
deslindar los intereses
de Dios á usted no le toca;
si mi sobrino le ofende,
de Dios le vendrá el castigo,
que no quiere que le venguen
hombres flacos; que perdonen
sus injurias, eso quiere.
¿Y que importa lo que diga
el mundo? nuestros deberes
Dios solo es quien los prescribe.
¿No mandan sus santas leyes
el perdon de los agravios?
¿Pues luego, qué á cuento viene
quando cumplimos con Dios,
lo que pensaren las gentes?

D. FIDEL.

Ya he dicho que le perdono,
sin que ningun rencor quede

en mi pecho: así de Dios
el precepto se obedece,
¿pero despues de la afrenta
que hoy mismo acaba de hacerme,
manda Dios que viva yo
con ese niño?

D. PABLO.

¿Y que acepte
usted quiere Dios, acaso,
lo que no le pertenece?
Porque mi hermano es un tonto,
y le dá lo que no tiene
facultades para dar,
¿usted admitirlo debe?

D. FIDEL.

Aquellos que me conozcan
sabrán que todos los bienes
del mundo no me hacen mella;
y que su brillo aparente
no deslumbra mis sentidos;
si mi ánimo se resuelve
á admitir la donacion
que mi hermano quiso hacerme,
es por evitar pecados
infalibles, si cayese
su herencia en manos perversas.
¡Quantos, Dios mio, te ofenden
con el caudal que les das!
Yo me serviré de él siempre
para provecho del próximo,
y honra del omnipotente.

D. PABLO.

Pierda usted esos recelos,
que tanto en su pecho pueden,
que al legítimo heredero
lo que Dios le dá pretende
quitarle, y de su caudal
que goce con paz le dexe.
¿No vé usted que vale mas
que él malgaste sus haberes,
sin que usted quiera usurparle
lo que le han dado las leyes?
Ni sé como tal propuesta
pudo escucharla quien tiene
renombre de timorato.
¿Que regla de piedad puede
legitimar la codicia
de quien sin pudor intente
privar de la sucesion
á un hijo? Y demos que hubiese
antipatía tan grande
entre los dos, que no fuere
posible que viva usted
con mi sobrino: ¿es prudente
que salga el hijo de casa,
y el extraño en ella quede?
Si usted quiere que le tengan
por justo, marcharse debe
al punto . . .

D. FIDEL.

Son ya las quatro,
y no puedo detenerme,
porque no he rezado aun

el miserere, y es viernes.
Perdone usted, si le dexo.

D. PABLO.

Ola . . . ¡Hipocriton solemne!
Quedándose solo.

ESCENA II.

Doña Elvira, Doña Pepita, Don Pablo y Juana.

JUANA.

A Don Pablo.

Hable usted en su favor;
la pobre está de tal suerte
que dá lástima mirarla;
sin remedio se nos muere,
si la violenta su padre,
como resuelto lo tiene,
á dar la mano al beato
esta noche: vea si puede
convencerle con razones.
Pero Don Simplicio viene.

ESCENA III.

D. Simplicio, Doña Elvira, Doña Pepita, Don Pablo y Juana.

D. SIMPLICIO.

Señores, me alegro mucho
de hallarlos juntos á ustedes . . .
A Doña Pepita.

tú, para que te diviertas,
ahí tienes esos papeles;
ya sabes su contenido.

D.ª PEPITA.

De rodillas á los pies de su padre.

Por el Dios omnipotente
que vé mi tormento, padre,
y por todo quanto puede
mover á usted á piedad
le ruego que no se empeñe
en concluir estas bodas:
padre, señor, no me fuerce
usted á que de la vida
que le he debido deteste;
no exîja usted obediencia
tan costosa, si no quiere
que su hija desventurada
siempre por morir anhele.
Si me veda usted que sea
de aquel que mi amor merece,
y que ántes me prometió;
¡ay, padre! no me violente
dándome á quien aborrezco:
no á su hija así desespere,
pretendiendo que obedezca
á tan tiránicas leyes.
De rodillas se lo ruego.

D. SIMPLICIO.

Conociendo que se va á enternecer.

¡Corazon, tú te enterneces!
Fuera la flaqueza humana.

D.ª PEPITA.

Amado padre, no piense
usted que envidio los dones
que hace á Don Fidel, bien puede
darle todas sus riquezas,
y añadir á ellas mis bienes,
que con gusto se los cedo;
mas no quiera usted hacerle
dueño tambien de mí propia;
permítame que me encierre
en un convento, y consagre
al cielo con penitente
corazon mi amarga vida.

D. SIMPLICIO.

¿Que tal? Como no las dexen
casarse con sus galanes,
dicen que quieren meterse
monjas. ¡Buena vocacion!
Levanta. Si te parece
repugnante este marido,
ese mas mérito adquieres,
que mortificas tu cuerpo,
y tu casamiento ofreces
en desquite de tus culpas
á Dios; vamos, no me quiebres
la cabeza con tus lloros.

JUANA.

¿Que, señor?...

D. SIMPLICIO.

Tú has de meterte
en tu costura, y no mas.

D. PABLO.

Si á los consejos atiendes
de la razon ...

D. SIMPLICIO.

Tus consejos,
hermano, son muy prudentes,
muy sábios, muy acertados;
pero aquí no se te quieren.

D.ª ELVIRA.

A Don Simplicio.

Viendo lo que está pasando
no sé como hablar acierte.
Es preciso que estés ciego,
pues lance tan evidente,
como el que pasó conmigo,
te empeñas en no creerle,
aunque te lo afirman todos.

D. SIMPLICIO.

¡Oh! no me engañan ustedes;
¿piensas tú que no adivino
el caso? Si tú andas siempre
por complacer á mi hijito,
y porque yo no riñese
con él, ya se vé, apoyaste
sus embolismos soeces
contra aquel siervo de Dios.
¡Para quien crea en mugeres!
Ademas de que no estabas
alterada, y en tan fuerte
lance te irritaras.

D.ª ELVIRA.

Yo,

porque un hombre me requiebre,
ni me solicite, nunca
me enojo; sé defenderme,
y sin decir insolencias
jamas nadie se me atreve.
Una risa, una ironía
al mas osado contiene
mejor que gritos y enfados.
No soy yo de las mugeres
que, como si fueran tigres,
esgrimen garras y dientes
en defensa de su honor,
y que envisten con la gente,
si se oyen llamar bonitas:
no; y el cielo me preserve
de una virtud tan arisca;
mi recato es de otra especie;
urbanidad, complacencia,
frialdad, y todos pierden
conmigo las esperanzas,
así que me hablan tres veces.

D. SIMPLICIO.

Por fin yo sé la verdad.

D.ª ELVIRA.

¡Hay tal capricho! ¿Y si vieses
la cosa, que me dirias?
¿Te estarias en tus trece?
Mira que no es imposible.

D. SIMPLICIO.

¿El verlo?

D.ª ELVIRA.

¿Que duda tiene?

D. SIMPLICIO.

Habladurías.

D.ª ELVIRA.

Apuesto
que, como en ello me empeñe,
lo ves con tus propios ojos.

D. SIMPLICIO.

Paparrucha.

D.ª ELVIRA.

Es cosa fuérte;
si no digo que nos creas;
pero, responde, ¿si en este
sitio te hacemos su infamia
tocar y ver claramente,
quedarás desengañado?

D. SIMPLICIO.

Entónces . . . ¿Pero á que viene
decir cosas imposibles?

D.ª ELVIRA.

Ya ha mucho que me desmientes,
y sacarte de tu error
debo, para que no pienses
que yo he dado testimonio
falso contra el inocente.
Tú vas á ver la verdad.

D. SIMPLICIO.

¡Que me place! Sea breve;
ya veremos como sales
del pantano en que te metes.

D.ª ELVIRA.

Á Juana.

Dile que venga.

JUANA.

A Doña Elvira.

Es muy diestro;
y en las redes que le tienden
temo que no ha de caer.

D.ª ELVIRA.

A Juana.

Sí, que la que bien se quiere
en los lazos que nos pone
con facilidad nos prende,
y mas quando el amor propio
á lisongearnos viene.
Haz que baxe sin tardanza,
y váyanse al punto ustedes.

A Don Pablo y Doña Pepita.

ESCENA IV.

Doña Elvira y Don Simplicio.

D.ª ELVIRA.

Tú debaxo de esta mesa
ven al instante á meterte.

D. SIMPLICIO.

¿Yo?

D.ª ELVIRA.

Tú; y lo que mas importa
para el caso es esconderse
bien.

D. SIMPLICIO.

¡Debaxo de la mesa!

D.ª ELVIRA.

¡Ay Dios mio! no te inquietes
en averiguar porqué:
éntrate, que así conviene,
y no has de meter ruido,
para que no se sospeche
Don Fidel que estás ahí.

D. SIMPLICIO.

Confesemos que no puede
darse mas condescendencia;
pero porque todos queden
por embusteros, me allano
á hacer quanto me dixeres.

D.ª ELVIRA.

No nos lo echarás en cara.
A D. Simplicio, que está debaxo de la mesa.
Mira, para convencerte
voy á tratar de un asunto
que en boca de las mugeres
propias es muy peliagudo;
así, ántes que él venga, advierte
que, si le digo requiebros,
es para que manifieste
su maldad en tu presencia,
para que su disfraz dexe,
y descubra la torpeza
de su corazon, albergue
de impostura y de lascivia,
para que veas patente
su villana hipocresía.
Tú podras, quando estuvieres
convencido de su infamia,

hacer que este juego cese,
saliendo de tu escondite,
á tí toca protegerme,
y estorbar que llegue el lance
á mas que aquello que fuere
necesario, para que
ninguna duda te quede.
En fin, como en este asunto
son tuyos los intereses
que median, puedes hacer
lo que á cuento te viniere...
Pero Don Fidel se acerca;
chito, y trata de esconderte.

ESCENA V.

D. Fidel, Doña Elvira y D. Simplicio debaxo de la mesa.

D. FIDEL.

Juana me ha dicho, señora,
que á solas quiere usted verme.

D.ª ELVIRA.

Y es para cosas secretas:
mire usted, por si sucede,
lo que ántes, si escucha alguno,
y tras sí la puerta cierre.

D. Fidel va á cerrar la puerta y vuelve.

No quiero que se repita
la escena, que me estremece
la memoria del peligro
que usted corrió, sin que fuesen

mis ruegos con Alexandro
parte para que no diese
cuenta á su padre de todo,
y fué mi susto tan fuerte
que ni desmentirle supe.
Por fin el cielo clemente
lo ha dispuesto mejor todo.
La estimacion en que tiene
á usted mi esposo disipa
la nube, y sin que sospeche
nada me manda que viva,
y que esté con usted siempre,
porque pretende arrostrar
quanto dixere la gente;
de suerte que sin que nadie
nos lo note, ni nos zele,
puedo encerrarme yo sola
aquí con usted, y hacerle
sabedor de los secretos
de un pecho, que acaso cede
á sus amorosas ansias
despues de un plazo muy breve.

D. FIDEL.

No comprendo ese lenguage,
señora, y muy mal se aviene
con lo que dixo usted ántes.

D.ª ELVIRA.

Mal conoce á las mugeres
usted, quando así le arredran
sus afectados desdenes.
¿Una defensa tan flaca
no sabe usted lo que quiere

decir? El pudor combate
con nuestros afectos siempre
en los primeros instantes,
y aunque el amor triunfe y reyne
en el pecho, la vergüenza
se opone á que se confiese
el vencimiento, y la boca
habla contra lo que siente
el corazon; la voz niega,
mas lo que niega concede.
Una confesion tan clara
á usted podrá parecerle
prueba de mi liviandad;
pero el extraño accidente
de esta tarde me disculpe;
y diga usted, ¿si no fuese
por el amor que le tengo,
hubiera tan blandamente
escuchado sus requiebros?
Si no quise que dixese
nada Alexandro á su padre,
¿que mas prueba darse puede
de que me agrada su amor?
y el haber hecho tan fuertes
instancias para que usted
el casamiento deseche
que le propone mi esposo
¿no es un indicio evidente
de que no quiero que nadie
en ese corazon reyne,
de que una rival me enoja?

D. FIDEL.

Cierto, es dulzura celeste
oir de una boca amada
tanta gloria prometerse;
miel destila de esos labios,
y toda mi ánima siente
tanta bienaventuranza,
que á toda expresion excede.
Pero es, señora, tan grande
la ventura de mi suerte
que á creerla no me atrevo;
¿y quien sabe si no es este
un artificio fraguado,
á fin de que yo deseche
la boda que me proponen?
Hablando en fin claramente,
para que yo á persuadirme
del afecto de usted llegue,
es preciso que algun trago
de celestiales placeres
me dé usted, y en mi alma plante
su favor la rama verde
de fe constante y sincera.

D.ª ELVIRA.

Despues de toser para avisar á su marido.

¿Tanto quiere usted tan breve?
¿Todo el amor de mi pecho
tan presto apurar pretende?
Le confieso que le aprecio,
¿y para satisfacerle
no le basta, que al instante
el último favor quiere?

D. FIDEL.

Siempre es corta la esperanza
de aquel que nada merece,
ni son de fiar palabras
que tanta dicha prometen.
No creeré mi ventura,
señora, hasta que me diere
prendas, usted, de cariño:
mientras las obras no hubieren
confirmado las palabras,
dudaré de su amor siempre.

D.ª ELVIRA.

Señor Don Fidel, el suyo
impone tan duras leyes,
que me asusta usted de veras,
¡que ansie con tan vehemente
ardor por ver sus deseos
satisfechos, sin que dexe
un breve espacio de tregua,
en que el corazon aliente!
¿Es justo tanto rigor?
¡Exîgir lo que pretende
sin dar una hora de plazo,
y abusar impunemente
de las flaquezas agenas,
y del amor que le tienen!

D. FIDEL.

¿Mas si con benignidad
vé usted mi amor, á qué viene
negarme prendas seguras
del suyo?

D.ª ELVIRA.

¿Y si consintiese,
no se ofenderia el cielo,
de que tanto habla usted siempre?

D. FIDEL.

Vaya; si no es mas que el cielo
por lo que usted se detiene,
chico estorbo es á fe mia,
y ni mentarse merece.

D.ª ELVIRA.

Pues luego ¿á que hablan del cielo,
y tanto miedo nos meten?

D. FIDEL.

Tan ridículos temores
yo los disiparé en breve,
señora, porque sé el arte
de hacer que nunca atormenten
los escrúpulos; el cielo
nos veda ciertos placeres,
es verdad; pero es muy fácil
con el cielo componerse.
Hay cierta ciencia que enseña
á ensanchar nuestros deberes,
ó estrecharlos; es conforme,
lo uno ó lo otro nos conviene.
Quando las obras son malas,
á la rectitud se atiende
de la intencion, porque Dios
nunca desea la muerte
del pecador, y con poco
se contenta. Muy en breve
sabrá usted esta doctrina.

Déxeme que yo la lleve
por la mano al paraiso,
y no se asuste por leves
parvidades de materia.
Todo el pecado que hubiere
en esto caiga en mis hombros,
y no hay miedo que me pese . . .
Mucho tose usted, señora.

Doña Elvira tose con mas fuerza.

D.ª ELVIRA.

Sí; todo el pecho me duele.

D. FIDEL.

¿Gusta usted de mi alfeñique?

D.ª ELVIRA.

Es tos tan rancia y tan fuerte,
que no he de hallar alfeñiques,
á mi ver, que la remedien.

D. FIDEL.

Es triste cosa.

D.ª ELVIRA.

Fatal.

D. FIDEL.

En fin para que no quede
escrúpulo, sepa usted
que del escándalo pende
el pecado, ya lo dixe
otra vez, y considere
que con acciones ocultas
jamas el cielo se ofende.
Quien disimula no peca.

D.ª ELVIRA.

Despues de toser y dar golpes sobre la mesa.

Habré al fin de resolverme
á ceder á usted, pues veo
que si á todo quanto quiere
no me allano, no hay pensar
que quieran aquí creerme.
Sin duda que es cosa triste
que hasta tanto extremo llegue,
pero si doy este paso,
es porque no se convencen
sin él de lo que yo digo,
porque exîgen ciertas gentes
desengaños tan palpables,
y pruebas de tal especie
que.... En fin, si alguno se agravia
con esta accion, no se queje
de mí; la culpa no es mia,
protesto estar inocente,
y que cedo á la violencia.

D. FIDEL.

Señora, nada recele
usted; sobre mi cabeza...

D.ª ELVIRA.

Salga usted por si estuviese
Simplicio en el corredor,
y vuelva sino le viere.

D. FIDEL.

Esa es precaucion inútil,
que es hombre con quien se puede
jugar como con un niño,

y le tengo de tal suerte
que, aun viéndolo, nunca crea
cosa que á mí no me pete.

D.ª ELVIRA.

No importa; salga usted fuera,
y escudriñe atentamente
todas las piezas vecinas,
por lo que suceder puede.

ESCENA VI.

Don Simplicio y Doña Elvira.

D. SIMPLICIO.

Saliendo de debaxo de la mesa.

¡Jesus, que hombre tan infame!
vaya vaya; es una peste
infernal, no vuelvo en mí.

D.ª ELVIRA.

Simplicio ¡que vivo que eres!
¿Á que sales todavía?
Extraño que te aceleres
tanto, vuelve á tu escondite,
y aguarda hasta el fin: ¿no temes
hacer un juicio malo?
Saldrás de dudas muy breve.

D. SIMPLICIO.

Pongo á que hombre mas perverso
ni en el infierno se encuentre.

D.ª ELVIRA.

¡Dios mio! las apariencias
te engañan. ¿Quien sabe? Á veces

que mas ciertas nos parecen.
Para no errar te aconsejo
que sin decir nada esperes
hasta el remate de todo.

Doña Elvira pone á Don Simplicio detras de ella.

ESCENA VII.

D. Simplicio, Doña Elvira y D. Fidel.

D. FIDEL.

Sin ver á D. Simplicio.

La fortuna favorece
mis gustos; de mirar vengo
esos quartos, y no hay gente.
Mi tierno amor . . .

Al tiempo que Don Fidel viene con los brazos abiertos para abrazar á Doña Elvira, ésta se retira, y ve Don Fidel á Don Simplicio.

D. SIMPLICIO.

Deteniendo á Don Fidel.

Cepos quedos.
Procure usted contenerse.
¡Cáspita, que amor tan fino!
¿Con que el siervo de Dios quiere
ponerme lo que usted sabe?
¡Un santo que así se dexe
llevar de la tentacion!
¡Se casa con mi hija y quiere
gozar tambien mi muger!
Yo creí que en burlas fuese.

He aguantado largo rato,
pensando que era juguete,
y que iba á mudar de estilo.
Ya tengo lo suficiente,
sin que usted pase adelante.

D.ª ELVIRA.

A Don Fidel.

Astucia mi accion parece,
mas no estuvo en mí evitarla.

D. FIDEL.

A Don Simplicio.

¿Piensa usted? . . .

D. SIMPLICIO.

En lo que piense.
Mutis de casa al momento,
sin mas dimes ni diretes.

D. FIDEL.

Mi intento . . .

D. SIMPLICIO.

Es gastar parola,
y lo que aquí se requiere
es irse pronto á la calle.

D. FIDEL.

Usted es quien luego debe
irse; usted que hace de dueño;
la casa me pertenece
á mí solo; yo lo haré
constar quando el tiempo llegue.
Vano es que con viles artes
ultrajarme aquí se piense;
yo haré ver que tengo medios
para castigar aleves,

y confundir impostores,
vengando al cielo que ofenden,
y haciendo que se arrepientan
quantos agraviarme intenten.

ESCENA VIII.

Doña Elvira y Don Simplicio.

D.ª ELVIRA.
¿Que es lo que quiere decir?
¿Que modo de hablar es este?

D. SIMPLICIO.
Á fe que yo no me rio,
y que temo un accidente.

D.ª ELVIRA.
¿Qual?

D. SIMPLICIO.
He hecho un gran disparate,
no sé que remedio tiene.
Esta donacion me inquieta.

D.ª ELVIRA.
¿Que donacion?

D. SIMPLICIO.
De mis bienes,
y es negocio concluido,

D.ª ELVIRA.
¿Que?

D. SIMPLICIO.
Ya lo sabrás. Lo urgente
es ver si no se ha *llevado*
una arquita con papeles.

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA

Don Simplicio y Don Pablo.

D. PABLO.
¿Á donde vas tan de priesa?
D. SIMPLICIO.
¿Que sé yo?
D. PABLO.
La primer cosa
es pensar lo que has de hacer
para salir de zozobras.
D. SIMPLICIO.
Lo que á mí me hace perder
el juicio, y me incomoda
mas que otra cosa es la arquita.
D. PABLO.
¿Pues tanto esa arquita importa?
D. SIMPLICIO.
El amigo perseguido
que mi corazon aun llora,
al irse me la encargó,
y su caudal, vida y honra,
dixo que de estos papeles
dependian.
D. PABLO.
¿Pues que loca
idea te hizo ponerla
en manos de otra persona?

D. SIMPLICIO.

Escrúpulo de conciencia.
Contéle toda la historia
á ese bribonazo, y él
con su monita devota
me persuadió se la diera,
diciendo ser fácil cosa
que el juez hiciera pesquisas;
si echaba requisitorias,
yo, sin cargar mi conciencia,
y con doblez oficiosa,
decia que no tenia
ni papeles, ni las otras
cosas que me preguntáran,
y que así juraba contra
la verdad, y sin pecar.

D. PABLO.

Hermano, veo que toman
tus asuntos mal semblante;
la donacion, esa historia,
el haberte fiado de él;
confieso que me acongoja
quanto me dices, y entónces
ha sido una accion muy loca
insultarle, como has hecho,
que tiene prendas de sobra
para darte que sentir.

D. SIMPLICIO.

¡Que; con facha tan devota
esconder tanta doblez,
tanta maldad horrorosa;
conmigo que le dí asilo

quando pedia limosna!
Si otro santurron me engaña,
mándole que ha de ser obra
de romanos: como al diablo
la cruz haré á las personas
que me hablen de devocion.

D. PABLO.

Simplicio; eso es dar en otra
exâgeracion peor.
Mas tú nunca te reportas;
y por huir de un error
das en el opuesto ahora.
Un pícaro te engañaba
con capa de religiosa
piedad, y por eso piensas
ya que las almas devotas,
que sirven á Dios con zelo,
son como ese infame todas.
Si así lo crees, hermano,
torpemente te equivocas.
Dexa, dexa á los impíos
que conseqüencias tan tontas
saquen, y que hagan rechifla
de la piedad, porque es moda.
Tú ama la virtud, respeta
á las personas piadosas;
mas no creas en palabras,
atente solo á las obras;
aborrece la villana
hipocresía, mas honra
la virtud pura y sincera,
y la religion adora:

y advierte que vale mas,
hermano, pecar por sobra
que por falta de respeto
en cosas de tanta monta.

ESCENA II.

D. Simplicio, D. Pablo y D. Alexandro.

D. ALEXANDRO.
¿Padre, es cierto que un bribon
sin vergüenza le provoca
á usted, sin guardar de tantos
beneficios la memoria,
y que tiene la insolencia
de amenazarnos ahora
que ha de echarnos de esta casa?
D. SIMPLICIO.
Así es, hijo, mi congoja
es cruel en este lance.
D. ALEXANDRO.
Ese pleyto á mí me toca.
Ambas orejas le corto,
y salimos de zozobra
en un instante; bien puede
decir que le llegó su hora.
D. PABLO.
Bueno; eso se llama hablar
con la ligereza propia
de un muchacho atolondrado;
modera esa furia loca,
que vivimos baxo un justo

gobierno, y el que se porta
con violencia halla castigo,
sin que el favor le socorra.

ESCENA III.

Doña Tecla, D. Simplicio, Doña Elvira, D. Pablo, Doña Pepita, D. Alexandro y Juana.

D.ª TECLA.

¿Que es esto hijo? Aquí me cuentan
un monton de horribles cosas.

D. SIMPLICIO.

Grandes novedades, madre,
que acabo de ver ahora
yo mismo. Vé usted qué fruto
he sacado de mi boba
bondad: un pobre mendigo,
que de beneficios colma
mi necedad, que le trato
qual pudiera á la persona
mas allegada, le doy
mi caudal, y á mi hija propia,
y al mismo tiempo el villano
á mi muger enamora,
y procura deshonrarme:
esto no basta; se arroja
hasta amenazarme ingrato
con dádivas que mi tonta
confianza le tiene hechas;
afana por ver si logra

despojarme de mis bienes,
y ponerme en la horrorosa
miseria, de que yo necio
le he sacado: ésta es mi historia.

JUANA.

¡Pobrecito!

D.ª TECLA.

Hijo; no creo
que hiciera accion tan odiosa.

D. SIMPLICIO.

¿Como?

D.ª TECLA.

Los buenos son siempre
envidiados.

D. SIMPLICIO.

Esta es otra:
¿que quiere usted decir, madre?

D.ª TECLA.

Que es tu casa una Liorna,
y que todos le aborrecen.

D. SIMPLICIO.

¿Y para el caso qué importa?

D.ª TECLA.

Quando eras niño, te dixe
que las gentes virtuosas
eran las mas perseguidas;
que la envidia es la ponzoña
que nunca muere en el mundo,
porque se van las personas
envidiosas, y ella queda.

D. SIMPLICIO.

Y lo que yo digo ahora

¿que tiene que ver con eso?

D.ª TECLA.

Te habrán contado una historia
sin pies, ni cabeza.

D. SIMPLICIO.

Calle.
¿Pues no he dicho ya, señora,
que lo he visto yo, yo mismo?

D.ª TECLA.

Hay lenguas murmuradoras.

D. SIMPLICIO.

Esto es para condenarse.
Una vez, ciento y mil otras
repito que yo lo he visto.

D.ª TECLA.

De las lenguas ponzoñosas
ninguno puede librarse.

D. SIMPLICIO.

Usted, madre, me provoca,
con las réplicas que tiene,
y sus reflexîones tontas.
Si he dicho ya que lo he visto,
visto ¿lo oye usted ahora?
Visto con mis propios ojos.
Pues no está mala la sorna.
¿Quiere usted oirlo mas?

D.ª TECLA.

¡Dios mio! Son engañosas
las apariencias, mil veces
el mas lince se equivoca.
No siempre es bueno juzgar
uno por su vista propia.

D. SIMPLICIO.

¡Por vida de!...

D.ª TECLA.

Sospechamos
siempre lo peor; las obras
santas se interpretan mal.

D. SIMPLICIO.

¿Que interpretar, ni que alforjas,
si abrazaba á mi muger?

D.ª TECLA.

Ántes que de una persona
se hable mal, es necesario
saber de fixo las cosas.

D. SIMPLICIO.

¿Que mas fixo quiere usted?
El diablo no diria otra.
¿Con que habia de aguardar
hasta que?... Usted está tonta.

D.ª TECLA.

En fin es alma muy cándida,
muy devota y religiosa,
y las cosas que le achacan
saldrá que son falsas todas.

D. SIMPLICIÓ.

Es mucho disparatar,
no se si fuera usted otra
que mi madre lo que haria.

JUANA.

A Don Simplicio.

Así va, señor, la bola;
usted no quiso creer,
y no le creen ahora.

D. PABLO.

Gastamos en frioleras,
que maldita cosa importan
tiempo, y mientras sus medidas
sin duda el pícaro toma.

D. ALEXANDRO.

¿Piensa usted que llegue á tanto
su descaro?

D.ª ELVIRA.

Tengo poca
inteligencia en asuntos,
mas pienso que tan odiosa
demanda no ose entablarla.

D. PABLO.

A Don Simplicio.

No te fies; hay personas
que protegen á los malos;
este lance de su boca
oido parecerá
una accion que le es honrosa,
y con menos fundamento
he visto yo que se atollan
otros, sin poder salir
á salvo. ¿Quien le provoca
con las armas que él tenia?

D. SIMPLICIO.

Cierto, pero al ver su odiosa
soberbia y su hipocresía,
confieso que perdí toda
la razon y la paciencia.

D.ª ELVIRA.

Si, quando pasó la historia,

hubiera sabido yo
lo que habia ¿quien ignora
que hubiera excusado el lance
que tanto nos desazona,
y mis?...

D. SIMPLICIO.

A Juana, viendo entrar á D. Celedonio.

¿Que me quiere ese hombre?
sabe á qué fin se le antoja
verme, y dile que se vaya,
que su visita incomoda.

ESCENA IV.

D. Simplicio, Doña Tecla, Doña Elvira, Doña Pepita, D. Pablo, D. Alexandro, Juana y D. Celedonio.

D. CELEDONIO.

Á Juana en el fondo del teatro.

Dios le dé salud, hermana,
y despues allá la gloria.
Quisiera hablar dos palabras
al amo, si nadie estorba.

JUANA.

Está con gente y no puede
hablar con nadie.

D. CELEDONIO.

No importa,
que yo no seré importuno:
es asunto de muy pocas
razones, y gustará

de saberle de mi boca.

JUANA.

¿Su nombre de usted?

D. CELEDONIO.

Mi nombre
es lo que menos importa.
Dígale usted que me envia
Don Fidel, y para cosas
de su bien.

JUANA.

A Don Simplicio.

Dice que viene
para negocios de monta
de parte de Don Fidel,
y que será muy gustosa
su comision.

D. PABLO.

A Don Simplicio.

Pues oigamos
lo que ese hombre nos proponga.

D. SIMPLICIO.

A Don Pablo.

¿Si me habla de componerse,
qué quieres que le responda?

D. PABLO.

Será forzoso escucharle
en tu situacion penosa.

D. CELEDONIO.

A Don Simplicio.

El Señor nos dé su gracia,
y confunda á quien se oponga
á su bien de usted, que así

esta ánima pecadora
lo pide en sus oraciones.

D. SIMPLICIO.

En voz baxa á Don Pablo.

Este exôrdio se acomoda
muy bien con lo que yo pienso.

D. CELEDONIO.

He recibido mil honras
de esta casa, y señor padre
siempre como cosa propia
me miraba.

D. SIMPLICIO.

Siento mucho
no conocer la persona
de usted: dígame su nombre.

D. CELEDONIO.

Don Celedonio de Porras,
natural de Mondoñedo,
y por mas que se carcoma
la envidia, soy escribano
con mis títulos en forma.
Quarenta años ha que exerzo
esta profesion gloriosa.
Y vengo con su licencia,
y sin consentir demora,
á notificar un auto.

D. SIMPLICIO.

¿Que; usted viene?...

D. CELEDONIO.

Es cosa corta,
que está dicha en dos palabras;
providencia executoria

de proceder al despojo
de casa, y que ni personas
ni muebles en ella queden,
sin permitir moratoria.

D. SIMPLICIO.

¡Yo salir de aquí!

D. CELEDONIO.

¿Usted sabe,
señor, que es la casa ahora
del buen señor Don Fidel,
que por un contrato en forma,
otorgado ante escribano,
y que tengo aquí en mi bolsa,
dueño es del caudal de usted,
sin que ninguno le tosa?

D. ALEXANDRO.

A Don Celedonio.

Es mucha la desvergüenza.

D. CELEDONIO.

A Don Alexandro.

Á mí no me comisionan
para tratar con usted,
caballerito; á quien toca

Señalando á Don Simplicio.

responder es al señor,
que es un sugeto de forma,
y respeta á la justicia.

D. SIMPLICIO.

Yo . . .

D. CELEDONIO.

Sí señor, y me consta
que no haria resistencia

por un millon, que es persona
prudente y muy timorata
el señor, y no le enoja
que yo cumpla con mi oficio.

D. ALEXANDRO.

¿Á que se gana una soba
de palos bien asentados
su monita socarrona?

D. CELEDONIO.

A Don Simplicio.

Haga usted que salga ó calle
su hijo, que fuera penosa
precision certificar
palabras tan injuriosas.

JUANA.

¿Á este hombre Don Celedonio, *ap.*
ó Don Demonio le nombran?

D. CELEDONIO.

Tengo, señor, tierno afecto
á las almas religiosas
y buenas, y en prueba de ello,
y del zelo que me abona,
practico estas diligencias,
porque algun otro no escojan
que procediese con menos
suavidad, que hay personas
de muy poco miramiento.

D. SIMPLICIO.

Pues es accion cariñosa
el echarme de mi casa.

D. CELEDONIO.

Pero permito demora,

y el cumplimiento del auto
no pienso poner por obra
hasta mañana temprano,
si Dios quiere; yo las cosas
no las llevo por el filo.
Porque todo vaya en forma,
usted, ántes de acostarse,
hará que me entreguen todas
las llaves: yo mandaré
á diez hombres de mucha honra
que pasen aquí la noche:
miéntras que ustedes reposan
velan ellos, y así nadie
nada de la casa toma.
Mañana al amanecer
saca usted todas sus cosas,
y se las lleva, y se va
adonde mas le acomoda.
Mis mozos ayudarán;
son todos gente mañosa
y robusta; á fe que nada
se desgracie ni se rompa.
Soy hombre muy servicial
y bondoso, sin lisonja.
Señor Don Simplicio: yo
aguardo de usted la propia
bondad, y que su familia
á mi oficio no se oponga.

D. SIMPLICIO.

¡De lo poco que me queda *ap.*
de mejor gana cien onzas
diera yo por asentar

en su cara socarrona
el bofeton mas bien dado!

D. PABLO.

A Don Simplicio.

Vamos, hermano, una poca
de paciencia.

D. ALEXANDRO.

No sé como
me contengo, que la boca
no le he bañado ya en sangre.

JUANA.

Pregunto ¿en esa corcoba,
que sentaría mejor,
ó garrote, ó cachiporra?

D. CELEDONIO.

Hija, modere esa lengua,
y sepa, por si lo ignora,
que tambien para mugeres
hay castigo, si provocan.

D. PABLO.

Â Don Celedonio.

Traiga usted ese papel,
y déxenos.

D. CELEDONIO.

En buen hora:
hasta luego: Dios les dé
á ustedes su santa gloria.

D. SIMPLICIO.

Y Satanas el infierno
á tí, y quien te comisiona.

ESCENA V.

D. Simplicio, Doña Tecla, Doña Elvira, D. Pablo, Doña Pepita, D. Alexandro y Juana.

D. SIMPLICIO.

¿Que tal, madre, miento yo?
Por el auto que me emboca
saque usted si tiene el alma
bien infame y bien traidora
el gazmoño hipocriton.

D.ª TECLA.

¡Jesus! Me he quedado tonta;
como la que vé visiones.

JUANA.

Á Don Simplicio.

No señor, todas sus obras
se encaminan al provecho
del próximo, y mayor honra
de Dios; los bienes terrenos
son cosas muy transitorias,
y suelen dañar al alma,
por eso su fervorosa
caridad á usted le quita
ese peso que le estorba
para el camino del cielo.

D. SIMPLICIO.

Siempre has de ser habladora;
calla y déxanos en paz.

D. PABLO.

A Don Simplicio.

Tomemos medidas prontas
para salir de este apuro.

D.ª ELVIRA.

Haz al público notoria
su ingratitud y osadía;
con su conducta alevosa
las cláusulas del contrato
ese perverso las borra,
que no es posible que triunfe
iniquidad tan odiosa.

ESCENA VI.

D. Cárlos, D. Simplicio, Doña Tecla, Doña Elvira. D. Pablo, Doña Pepita, D. Alexandro y Juana.

D. CÁRLOS.

Señor Don Simplicio, siento
darle un pesar, pero importa
mucho que usted ponga en cobro
al momento su persona:
un amigo íntimo mio,
que acaso en ello viola
el secreto que es debido
en cosas de estado, ahora
me avisa que está mandado
prender á usted, y que sola
la fuga puede librarle.
Una hora ha la venenosa

serpiente, que abrigó usted,
de traicion y de alevosas
correspondencias le acusa:
la delacion corrobora
presentando al Soberano
una arquita que usted, contra
las leyes de fiel vasallo,
guardaba, donde están todas
las piezas de un fugitivo
reo de estado: no informa
de mas mi amigo; mas sé
que hay órden para la pronta
prision de usted, y el villano
acompañará en persona
á el que ha de arrestar á usted.

D. PABLO.

Así el hipócrita colma
su maldad, y sus derechos
con esta accion corrobora,
fingiendo que eres traïdor.

D. SIMPLICIO.

Vaya; el hombre, sin lisonja,
es un maldito animal.

D. CÁRLOS.

Vamos, que qualquier demora
puede ser á usted funesta.
Ahí tiene usted esa bolsa
con mil doblones; mi coche
nos aguarda hace media hora.
No perdamos un instante,
que estos golpes, si se estorban,
es poniendo tierra en medio.

Mi amistad no le abandona
á usted hasta estar en parte
segura.

D. SIMPLICIO.

¡Quanto á la heroyca
amistad de usted le debo!
Ruego al cielo que me ponga
en estado de pagar
una accion tan generosa.
Y tú, Pablo, ten cuidado.

D. PABLO.

No te detengas: con todas
tus cosas tendré yo cuenta,
como con las mias propias.

ESCENA VII.

D. Fidel, un Alcalde de Corte, Doña Tecla, Doña Elvira, D. Simplicio, D. Pablo, Doña Pepita, D. Cárlos, D. Alexandro y Juana.

D. FIDEL.

Deteniendo á D. Simplicio.

Despacio, señor, despacio;
no es menester que usted corra
tanto para encontrar casa;
el Soberano le aloja
en la cárcel.

D. SIMPLICIO.

¡Ha villano!
¡Con qué bella accion coronas
tus infamias! ¡Digna paga
de quien á pícaros honra!

D. FIDEL.

Con todas esas infamias
no piense usted que me enoja,
que se las ofrezco á Dios.

D. PABLO.

Edifica tan devota
moderacion.

D. ALEXANDRO.

¡El perverso
cómo del cielo se mofa!

D. FIDEL.

En vano por irritarme
me denuestan y baldonan;
quien cumple con sus deberes
vanos clamores arrostra.

D.ª PEPITA.

Por cierto la comision
con que usted viene es honrosa.
¡Soplon!

D. FIDEL.

En servir al Rey
no puede caber deshonra.

D. SIMPLICIO.

¿Te acuerdas, bribon mendígo,
que te daba de limosna
de comer pan á mi mesa?

D. FIDEL.

No me olvido de las honras
que puedo deber á usted;
pero media la persona
sagrada del Soberano
que toda gratitud borra
en mi pecho, que leal
sacrificára á su gloria
amigos, parientes, hijos.

D.ª ELVIRA.

¡Infame!

JUANA.

¡Como blasona
de virtud el muy soez!

D. PABLO.

Pues si es tan buen patriota
usted, como aquí se jacta,
¿por que aguardaba hasta ahora
á delatar á mi hermano,
quando ha visto que á su esposa
requiebra usted, y de casa,
porque así lo exîge la honra,
le despide? Y si es culpado,
¿para qué admite con pronta
voluntad la donacion
que con mano generosa
de todo su caudal le hace?
Cosas tan contradictorias
yo no acierto á concertarlas.

D. FIDEL.

Al Alcalde de Corte.

Bulla tan escandalosa

durará, Señor Alcalde,
hasta cumplir con lo que obra
el expediente, y así
haga usted justicia pronta.

EL ALCALDE.

Será usted servido al punto,
y pues la justicia invoca,
la executaré al instante.
Sin réplica ni demora
dése usted al Rey.

D. FIDEL.

¡Yo preso!

EL ALCALDE.

Usted.

D. FIDEL.

¿Por que?

EL ALCALDE.

Eso no toca
á usted preguntar; mas quiero
que estos señores conozcan
la historia de un impostor.

A Don Simplicio.

Aliente usted: no está ahora
en el tiempo en que reynaba
la hipocresía engañosa:
un Soberano ilustrado
disipa sus cautelosas
nieblas, por mucho que artera
en sus vapores se esconda.
De la religion amante,

sabe discernir las sombras
de la luz; y el falso zelo,
que con color se arrebola
de piedad y devocion,
toda su saña provoca.
De este hipócrita villano
las virtudes impostoras
mal podian engañarle,
que muy mas artificiosas
mentiras penetrar sabe:
de una mirada vió todas
las maldades de este infame,
en su corazon las hondas
raíces que echó el delito;
y quando con engañosa
astucia á su bienhechor
acusa, la vengadora
justicia del cielo quiere
que el príncipe en él conozca
á un célebre delinqüente,
cuyos hechos epilógan
tanta negra iniquidad
que llenára mil historias.
Para evitar su castigo
el fingido nombre toma
de Don Fidel, ocultando
el suyo, que tanto asombra.
Indignado el Soberano
de su conducta alevosa,
que así con su ingratitud
sus graves delitos colma,
quiso ver dónde llegaba

de su desvergüenza loca
el exceso, y me encargó
que le traxese, con sola
la intencion que reparase
los males que ustedes lloran.
La autoridad soberana
del monarca le despoja
de la donacion que usted

A Don Simplicio.

le hizo de su hacienda toda,
le restituye sus bienes,
y su clemencia perdona
la ofensa de haber guardado
con reserva misteriosa
la fe á su amigo proscrito;
así el príncipe corona
el zelo, que por su causa
muestra usted en las discordias
civiles que nos agitan;
que siempre su protectora
diestra ampara á quien le sirve,
y si en su alma grande poca
impresion hace el agravio,
el servicio no se borra.

JUANA.

¡Gracias al cielo!

D.ª TECLA.

Ya aliento.

D.ª ELVIRA.

¡Que suerte tan venturosa

D.ª PEPITA.

¿Quien lo dixera?

D. SIMPLICIO.

A Don Fidel, que el Alcalde se lleva consigo.

Anda, infame.

ESCENA VIII.

Doña Tecla, D. Simplicio, Doña Elvira, Doña Pepita, D. Pablo, D. Cárlos, D. Alexandro y Juana.

D. PABLO.

Mira, hermano, que deshonras
el triunfo con insultar
á ese hombre: harto dolorosa
es su suerte: ántes al cielo
su perdon por él implora,
que arrepentido sus culpas
llore, porque piadosa
la bondad del soberano
temple su castigo. Ahora
vé á dar las gracias de tantos
favores de que te colma
el Monarca, y á sus plantas
reconocido te postra.

D. SIMPLICIO.

Dices bien: vamos al punto
de su bondad generosa
á tributarle rendidas
gracias, y luego las bodas

de Pepita dispondremos
con Cárlos, que su amorosa
constancia de ser premiada
mucho ha que es merecedora.

FIN.


3 0112 115869692